

144

JOSÉ J. BERRUTTI
EX INSPECTOR TÉCNICO GENERAL DE ESCUELAS

ESTUDIO



LIBRO DE LECTURA
PARA TERCER GRADO

LL
1918
BER

PRECIO DE VENTA \$ 1,00

EDITORES
ANGEL ESTRADA Y Cía.
BOLÍVAR, 466 — BUENOS AIRES

Biblioteca Nacional de Maestros



00056384

ESTUDIO

LIBRO DE LECTURA

Es propiedad de los Editores, quienes la
ponen bajo el amparo de la Ley N.º 7092.

Aprobado por el H. Consejo Nacional
de Educación (resolución de 8 de Abril
de 1918).



21.217

C. A.
C. H. de E.

JOSÉ J. BERRUTTI

EX INSPECTOR TÉCNICO GENERAL DE ESCUELAS

ESTUDIO

LIBRO DE LECTURA

PARA TERCER GRADO

DÉCIMANOVENA EDICIÓN



ANGEL ESTRADA Y CIA.

EDITORES

BOLÍVAR, 466

BUENOS AIRES

A los niños



I

Tenéis un tesoro en vuestra inteligencia. Estudiad con tesón y alcanzaréis riquezas y honores.

II

Tenéis otro tesoro en vuestro corazón. Cultivad los buenos sentimientos y seréis queridos por todos.

III

Si no podéis triunfar en la vida por vuestro talento, ¿quién os impedirá que triunféis por el bien?



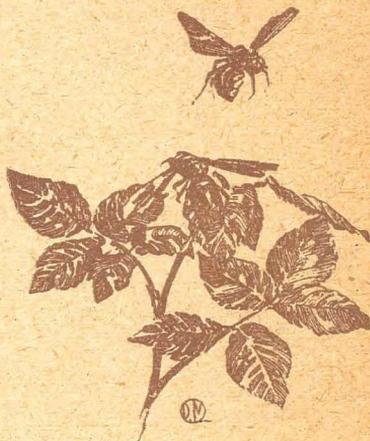
La unión hace la fuerza.

Es una espléndida mañana de primavera. Las gentiles abejas han salido de la colmena y después de revolotear algún tiempo en torno de ella, se lanzan al campo.

Helas ahí recorriendo vastos espacios en busca de flores para libar el néctar de sus cálices perfumados. Ellas fabrican la cera de sus celdas y la miel exquisita que tanto os gusta.

Varias veces han recorrido el camino entre la pradera y la colmena, siempre ágiles y siempre preocupadas por el bien común.

A la noche vuelven. Si alguna está ausente, no es por pereza o cansancio. Su falta es debida a un



accidente, pues ninguna dejaría por nada de este mundo,
su casa, su reino, su patria.

Nada entibia su ardor, nada aminora su paciencia

*Las abejas, niños míos, son ejemplo vivo del éxito de-
bido a la unión.*



Las malas hierbas

Corregid siempre vuestros defectos.

Un labrador habia sembrado un campo de legumbres, las que nacieron al mismo tiempo que muchas plantas silvestres. Éstas se multiplicaban con asombrosa rapidez.

No pudiendo el labriego atender solo a todos los trabajos de la huerta, llamó a uno de sus hijos, y le dijo:

— Ocúpate de arrancar la maleza que ha crecido en este sembrado, pues yo tengo otros trabajos que hacer.

El hijo, no obstante la orden, prefirió pasarse días y días jugando con otros jóvenes como él. Las malas hierbas, entre tanto, crecieron de tal modo que cuando emprendió el trabajo que le confiara el padre, se hacía difícil arrancarlas porque ha-

bían echado raíces muy profundas. Por esta causa se malogró la mayor parte del sembrado.

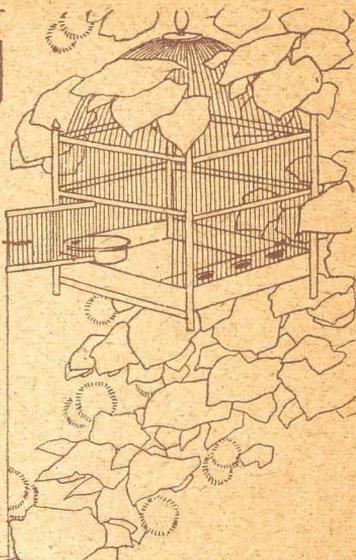
Lo mismo sucede con nuestros vicios y defectos: si no los extirpamos a tiempo, se multiplican y echan raíces profundas, haciéndose luego difícil, si no imposible, despojarse de ellos.



La libertad

Un niño cazó un jilguero y lo encerró en una jaula.

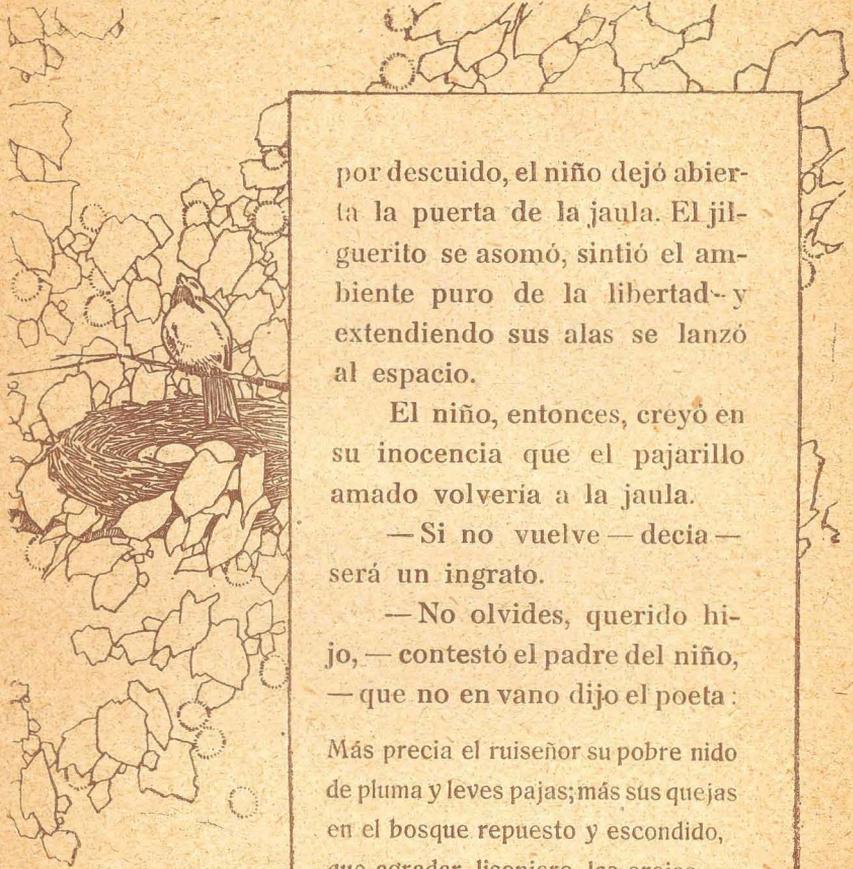
El pequeño carcelero prodigaba a su pajarillo todas las atenciones y cuidados posibles. Le ponía para su alimento no sólo alpiste, sino bizcochos, lechuga, azúcar y



agua fresca en abundancia, un bote pequeño para que bebiere y otro mayor para que se bañase.

Al ver al pajarillo cantar y comer de todo, bañarse y saltar con gracia por los palos de la jaula, cualquiera hubiera creído que se sentía feliz y que nunca abandonaría aquella dorada cárcel.

Pero sucede que cierto día,



por descuido, el niño dejó abierta la puerta de la jaula. El jilguerito se asomó, sintió el ambiente puro de la libertad y extendiendo sus alas se lanzó al espacio.

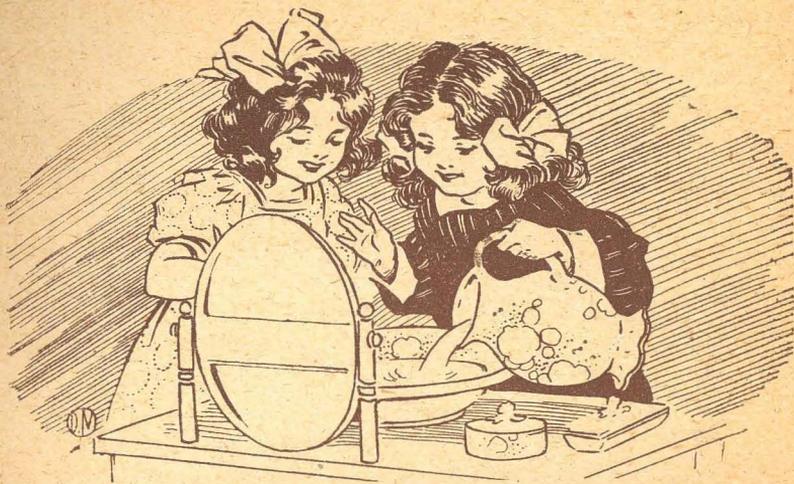
El niño, entonces, creyó en su inocencia que el pajarillo amado volvería a la jaula.

— Si no vuelve — decía — será un ingrato.

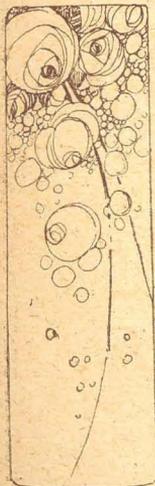
— No olvides, querido hijo, — contestó el padre del niño, — que no en vano dijo el poeta :

Más precia el ruisenor su pobre nido
de pluma y leves pajas; más sus quejas
en el bosque repuesto y escondido,
que agradar, lisonjero, las orejas
de algún príncipe insigne, aprisionado
en el metal de las doradas rejas.

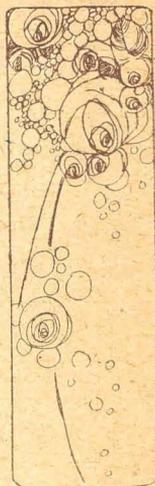




La higiene en pocas líneas



Atmósfera despejada;
 vestido limpio y decente,
 sin que en mejillas ni frente
 brillen afeites por nada;
 la comida, moderada;
 el beber, con discreción,
 y cumplir la obligación
 aunque se juegue algún rato;
 docilidad, gran recato
 y continua ocupación.



MONLAU.

No salives, niño, siempre que puedas evitarlo. Nunca escupas sobre la pizarra, el piso o las paredes.

EL TRABAJO

Decía una vez un buen, padre de familia:

—El trabajo, queridos hijos, es la única fuente legítima de toda riqueza.

Es higiénico para el cuerpo y utilísimo para el espíritu.

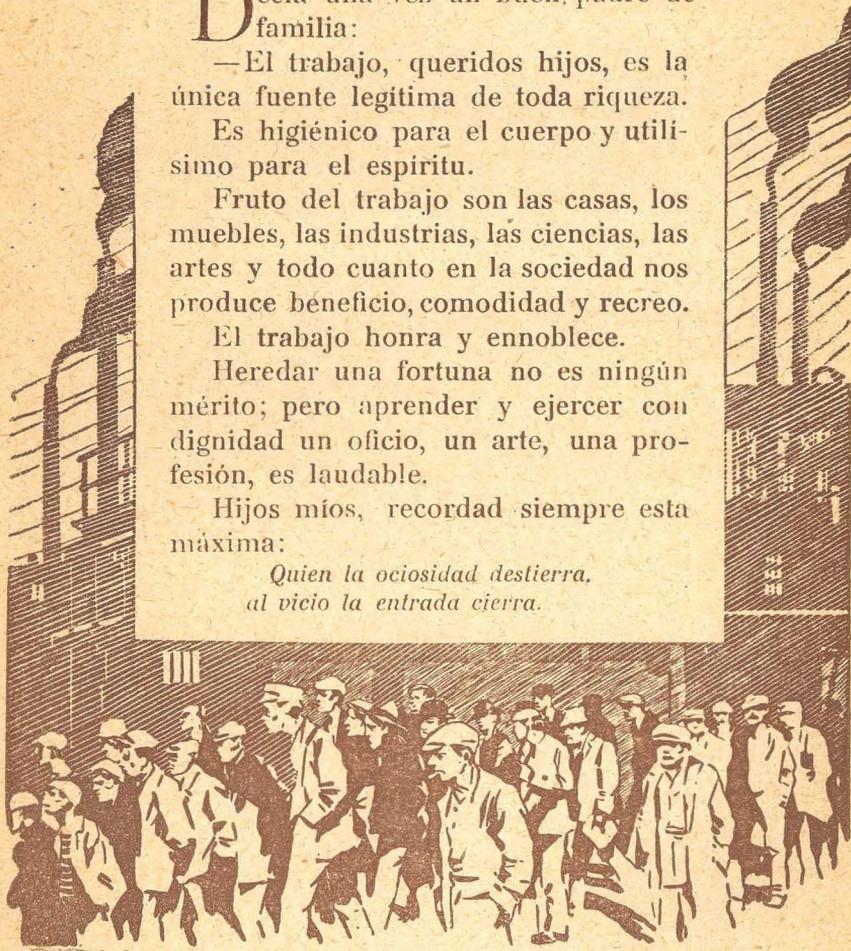
Fruto del trabajo son las casas, los muebles, las industrias, las ciencias, las artes y todo cuanto en la sociedad nos produce beneficio, comodidad y recreo.

El trabajo honra y ennoblece.

Heredar una fortuna no es ningún mérito; pero aprender y ejercer con dignidad un oficio, un arte, una profesión, es laudable.

Hijos míos, recordad siempre esta máxima:

*Quien la ociosidad destierra,
al vicio la entrada cierra.*





Pedrito llegó una mañana muy emocionado a la escuela. La casa de sus padres había sido asaltada por la noche. Varios ladrones penetraron en ella y como el niño sintiese ladrar al perro, se levantó y se asomó a una ventana, y, a favor de la claridad de la luna, vió que dos hombres saltaban la cerca y penetraban en el interior del edificio.

En el acto, Pedrito corrió a la cama de sus hermanos y les despertó; luego fué al cuarto de su padre e hizo lo mismo.

Ya sobre aviso, el padre y los hijos procuraron defenderse de la agresión, esgrimiendo armas de distintas clases.

Los ladrones, que en aquel momento trataban de penetrar en el escritorio del jefe de la familia, al ver el grupo de defensores, dispararon.

Al referir estos hechos, Pedrito temblaba de emoción, y el maestro, que se había acercado poco a poco a oír lo que con tanto interés escuchaban sus alumnos, aprovechó aquel incidente para una lección sobre la familia y la patria.

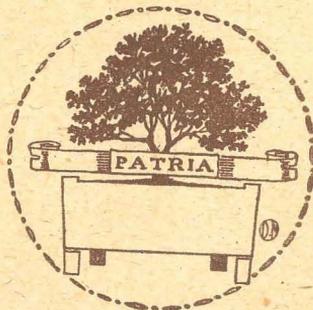
—Lo que Pedrito os ha contado, les dijo, enseña lo que es la patria y lo que por ella debemos hacer si fuese agredida.

Para defender nuestro hogar, nuestra familia, todos debemos hacer frente al enemigo común. De la misma manera, cuando se trata de la patria, todos los habitantes de la República deben ponerse de pie, para defenderla de cualquier agresión.

La familia es la primera imagen de la patria. No hay más diferencia, sino que la patria es una familia muy grande.

Una familia se compone de cinco, seis, diez o más personas; nuestra patria, es decir, la República Argentina, se compone hoy de unos nueve millones de habitantes.

En el seno de la familia, como en el de la patria, debemos amarnos los unos a los otros, ayudarnos y procurar con todas nuestras fuerzas el mayor bien, siendo honrados y trabajadores.





LA PATRIA

PENSAMIENTOS Y PRECEPTOS

La patria es la madre común de todos los individuos o compatriotas nuestros.

Su nombre venerando simboliza la unión de todos los intereses en un solo interés, de todas las vidas en una sola vida, imperecedera.

ESTEBAN ECHEVERRÍA.

Viva mi patria, aunque yo perezca.

MARIANO MORENO.

*Antes que el hombre esté la familia;
antes que la familia esté la patria.*

El que estudia, trabaja, y el que trabaja honra a su patria.





Enseñar al que no sabe

SENTENCIA ORIGINAL

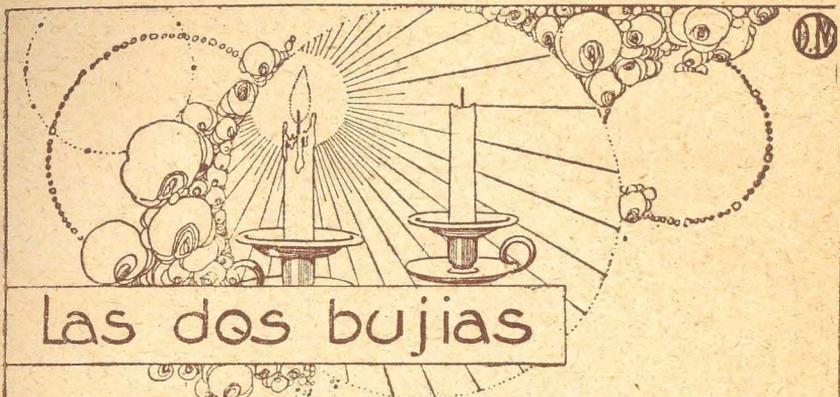
Se cuenta que en una ciudad de Estados Unidos de Norte América, dos individuos fueron conducidos ante el juez por un delito que habían cometido juntos.

Uno de los detenidos no sabía leer.

— Quedarán ustedes presos, — dijo el juez, — hasta que aquel que sabe leer haya enseñado al que no sabe.

Y la sentencia produjo su efecto: tres semanas después, el detenido analfabeto leía casi tan bien como su cómplice.





Las dos bujias

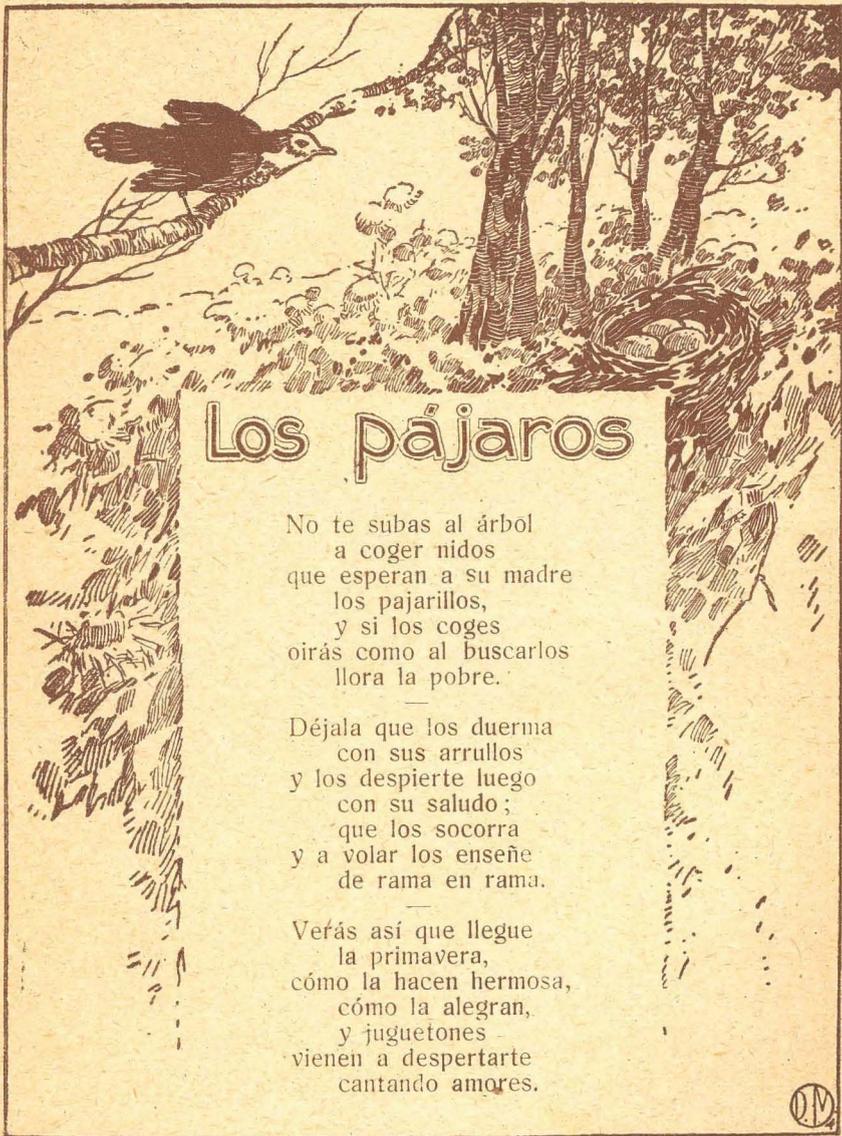
Un joven preguntaba a su padre, que había llegado a ser muy rico.

— ¿Cómo has hecho, papá, para reunir tanta fortuna? A mi, a pesar de que no permanezco ocioso, me cuesta trabajo llegar de un año a otro.

Miróle sonriendo su padre y, apagando una de las dos velas que les alumbraban, dijo:

— Lograr fortuna, hijo mío, es tarea relativamente fácil: todo el secreto consiste en contentarse con lo necesario y en no encender sino una bujia cuando no hacen falta dos.

El orden, la economía y la vida sencilla, son las llaves de la felicidad y la riqueza.



Los pájaros

No te subas al árbol
a coger nidos
que esperan a su madre
los pajarillos,
y si los coges
oirás como al buscarlos
llora la pobre.

Déjala que los duerma
con sus arrullos
y los despierte luego
con su saludo;
que los socorra
y a volar los enseñe
de rama en rama.

Verás así que llegue
la primavera,
cómo la hacen hermosa,
cómo la alegran,
y juguetones
vienen a despertarte
cantando amores.



LOS PAJAROS



No te subas al árbol
a coger nidos...

Biblioteca Nacional de Maestros



FÁBULAS EN PROSA

I

(LESSING).

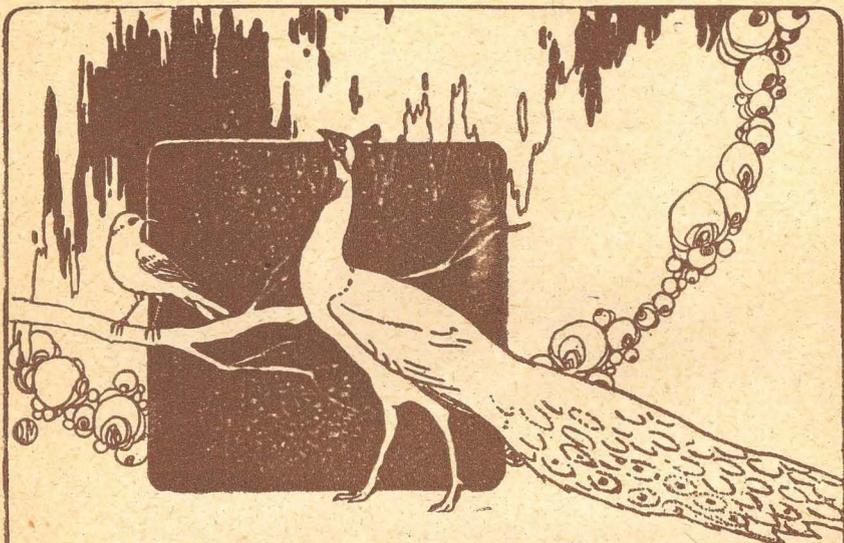
EL MONO Y EL ZORRO

Decía el mono, vanidosamente, hablando al zorro:

— Ya sabes que imito a todos los animales. ¿Podrías citarme uno solo que escape a la regla?

Miró el zorro a su interlocutor, y por respuesta preguntó a su vez:

— Y tú, vanidoso y tonto, ¿serías capaz de nombrarme un solo animal de tan poco valor que tenga la ocurrencia de imitarte?



II

EL RUISEÑOR Y EL PAVO REAL

Un ruiseñor de espíritu sociable, hallaba muchos envidiosos y ningún amigo entre los cantores del bosque.

Pensando en lo que le ocurría, dijo:

— Tal vez encuentre alguno entre las aves de otra especie.

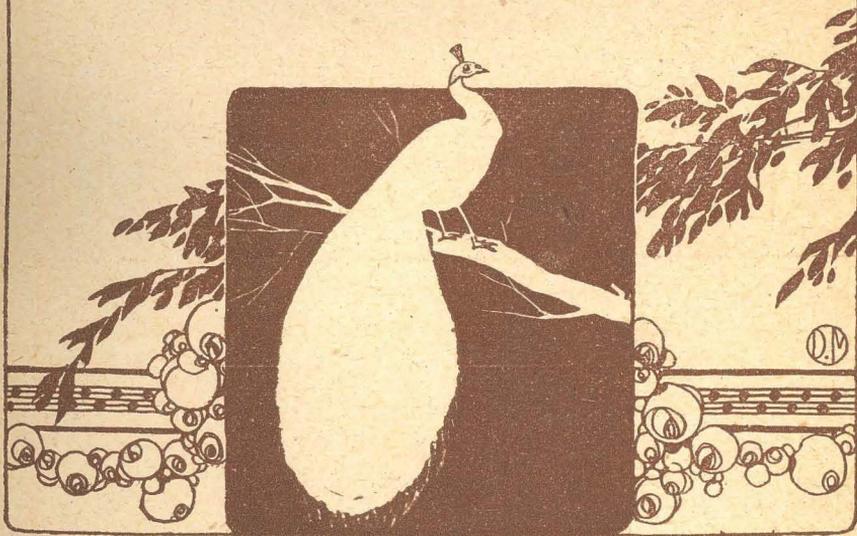
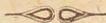
Y así diciendo descendió a hacer compañía a un pavo real, al que saludó con estas palabras:

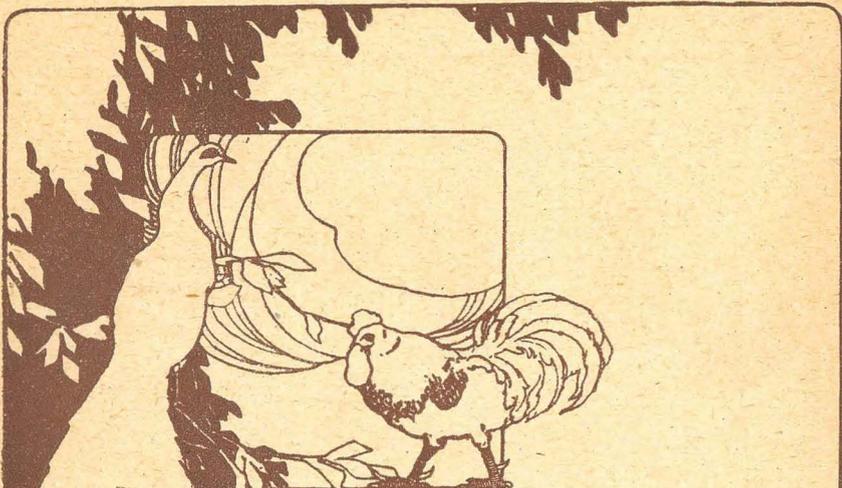
— ¡Bello pavo real, te admiro!

— También te admiro, ruiseñor.

— Seamos, pues, amigos, dijo el dulcísimo cantor del bosque. Entre nosotros no puede haber envidia; tú encantas los ojos; yo los oídos.

Y cuenta la tradición que el ruiseñor y el pavo real se hicieron grandes amigos.





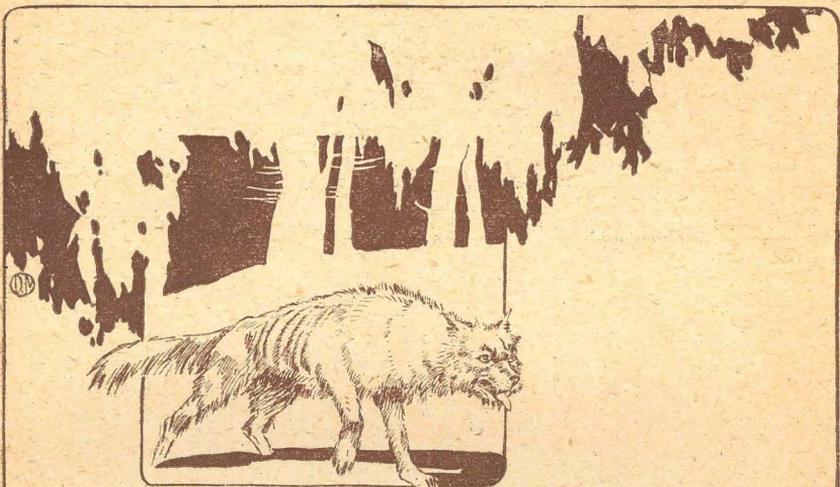
III

EL PAVO REAL Y EL GALLO

Un pavo real decía un día a una gallina:

—Mira qué orgulloso y altivo se adelanta el gallo. Sin embargo, los hombres no dicen: *Orgulloso como un gallo*, sino: *orgulloso como un pavo real*.

—Es que los hombres, dijo la gallina, disculpan un orgullo bien fundado: el gallo se muestra orgulloso de su vigilancia y de su vigor; pero tú, ¿de qué estás orgulloso? ¿acaso de tus plumas?



IV

EL LOBO Y EL PASTOR

Una epidemia cruel había concluido con todo el rebaño de un pastor.

Supo la desgracia el lobo y se apresuró a presentar al damnificado sus más sentidas condolencias.

— ¿Pero es cierto, buen pastor, que te ha ocurrido una desgracia cruel? ¿Es cierto que has perdido todo tu rebaño? ¿Ese querido, manso y rozagante rebaño? Créeme: tu pérdida me affige y me hace derramar muy amargas lágrimas.

— Muchas gracias, contestó el pastor. Veo que tienes un corazón compasivo.

— Muy compasivo, en efecto, dijo el perro del pastor, siempre que sufre en sí mismo la desgracia del prójimo.



¿QUÉ ES LO QUE CONSTITUYE LA PATRIA?

(ADAPTADO).

I

La patria no es sólo la ciudad en que habitamos, la extensión que domina nuestra vista, ni las torres de sus campanarios, ni el humo de sus altas chimeneas, ni la cumbre de los árboles más elevados...

La patria es Buenos Aires para los porteños; son las provincias de Cuyo para los mendocinos y sanjuaninos; es San Luis para los puntanos; es todo el territorio y lo que en él existe desde Jujú hasta la Tierra del Fuego, y desde el Plata hasta los Andes, para los argentinos.

La patria es el azul de nuestro cielo y de nuestra bandera; el sol que nos alumbra, la inmensa cordillera de los Andes; es la extensa llanura y los ríos que se despeñan de sus montañas para regarla con sus aguas fertilizantes; son los bosques sombríos, los rebaños que pacen

en los campos y las tierras fecundas que se extienden bajo nuestras plantas.

La patria son todos nuestros compatriotas, grandes y pequeños, ricos y pobres.

La patria son todos los hombres y mujeres que hablan nuestro idioma y que hacen latir nuestros corazones; es la unidad del territorio, la gloria de nuestros padres, la comunidad del nombre argentino, nuestra independencia, nuestra libertad...

II

Los actos de patriotismo pueden realizarse en todos los tiempos y por todos los hombres.

No es necesario que uno vierta su sangre por la patria para conducirse como un verdadero patriota. En la paz también hay hombres que se sacrifican por su patria dedicando sus esfuerzos, su inteligencia y su fortuna al bienestar general.

El que persigue para su país el imperio de la justicia y de la libertad, puede ser un patriota.

El que dedica una parte de sus bienes a sostener la educación pública, como lo hicieron, entre otros, el general Belgrano y doña Petronila Rodríguez, realizan, sin duda, un bello acto de patriotismo.

Todo el que contribuye al bienestar de sus conciudadanos, en cualquier forma, por modesta que sea, puede merecer el grato título de patriota.

Belgrano, San Martín, Moreno, Rivadavia y Sarmiento, lo fueron en alto grado, por su abnegación, sus sacrificios, su ilustración, su desinterés y su heroísmo, puestos sin tasa al servicio del país.

La patria, niños, es la nación que debéis amar, honrar y servir con todas vuestras fuerzas y vuestros brazos, con toda la energía y todo el amor de vuestra alma.



LA PATRIA Y LA BANDERA



La patria vela por nuestra seguridad y por nuestro bienestar.

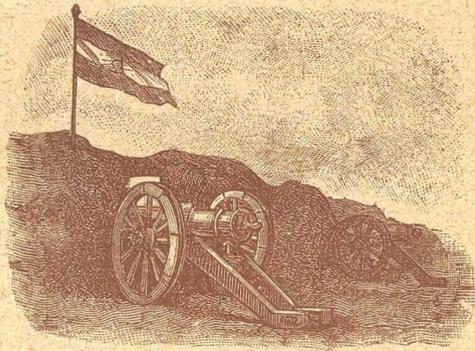
Nos instruye y nos educa, porque realiza progresos de cuyos beneficios participamos todos.

La patria nos da leyes que favorecen al bueno y sirven para castigar al malo.

La patria nos proporciona la libertad para obrar bien y nos

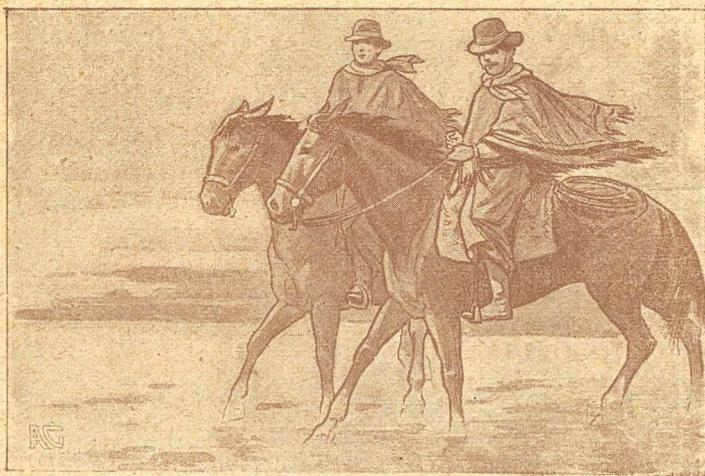
garantiza el uso de nuestros derechos. La bandera de la patria es el simbolo de nuestra independecia y de nuestros progresos.

Ante la bandera de la patria debemos descubrirnos como si viéramos ante nosotros a todos los mártires, a todos los héroes, a todos los sabios, a todos los corazones buenos que han conquistado nuestra libertad, nuestro bienestar y nuestra cultura.



MÁXIMAS Y PROVERBIOS

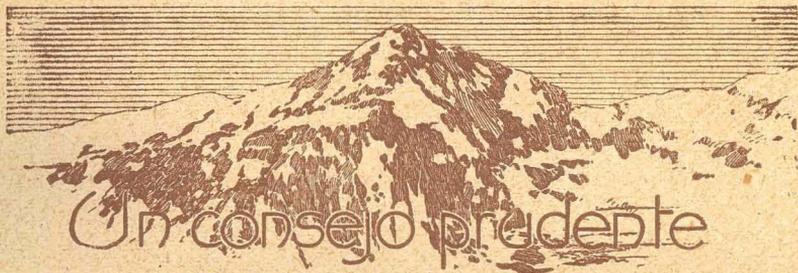
1. *La sabiduría es la base de la felicidad.*
2. *Quien mucho abarca poco aprieta.*
3. *Pájaro viejo no entra en jaula.*
4. *Quien con lobos anda, a aullar se enseña.*
5. *El hombre con pereza es un reloj sin cuerda.*
6. *Por el hilo se saca el ovillo.*
7. *Quien huye del trabajo, huye del descanso.*
8. *Saber es poder.*
9. *Si no sabes dominarte, tú serás tu peor enemigo.*
10. *Los vicios convierten al listo en tonto, al bueno en malo, al hombre en bruto.*



Al Pampero

Hijo audaz de la llanura
y guardián de nuestro cielo,
que arrebatas en tu vuelo
cuanto empaña su hermosura:
¡Ven, y vierte tu frescura
de mi patria en el ambiente!
¡Ven, y enérgico y valiente,
bate el polvo en mi camino,
que hasta soy más argentino
cuando me azotas la frente!

RAFAEL OBLIGADO.



Un consejo prudente

I

— ¿Cuánto tiempo se empleará, preguntó un viajero a un paisano, para llegar a la cima de esa montaña?



— Tres horas si sube lentamente; cinco si va ligero, respondió el interpelado.

— Este buen hombre se burla de mí, pensó el viajero. ¿Cómo es posible que emplee más tiempo si ando más a prisa?

Preocupóle, sin embargo, la respuesta firme del paisano, y comenzó a dudar.

Podrías decirme, niño, ¿quién tenía razón?

II

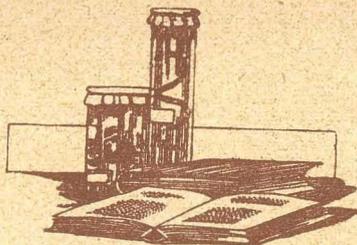
El alumno que hace su deber demasiado pronto, lo hace mal; el labrador que siembra antes de tiempo, cosecha poco; y el artesano que pretende hacer en un día la obra que exige dos, se ve obligado a recomenzarla.

Ya ves que todos han perdido en lugar de ganar.

¿No crees, ahora, que el paisano tenía razón?

Yendo ligero el viajero se hubiera fatigado siéndole necesario descansar, para continuar después con cierto desaliento su camino. En cambio, yendo pausadamente, se evita la fatiga y se avanza durante mucho más tiempo.

La precipitación es siempre perjudicial.





El embustero se degrada a si mismo.
Nada hay más vengonzoso que la mentira.

Y esto es tan exacto, todo el mundo lo comprende tan bien, que el embustero oculta su mentira con el mayor cuidado, inventando cada vez alguna más para sostener la primera.

Pero si bien puede engañar a los demás, no se engaña a si mismo; pues tiene que confesarse que comete una mala acción y debe avergonzarse por ella ante su propia conciencia.

No olvides, niño, que:

*En boca del mentiroso,
lo cierto se hace dudoso.*



*Página eterna, de argentina gloria,
melancólica imagen de la patria...*

CHASSAING.

En posesión de la escarapela, Belgrano asumió sobre sí la responsabilidad de enarbolar una nueva bandera, cuando todavía flameaba el pabellón español en la Casa del Gobierno revolucionario, el Fuerte de Buenos Aires.

En visperas de guarnecer sus dos baterías, el general patriota ofició al gobierno la grave resolución que tomara. Ya no podían los cuerpos revolucionarios seguir usando la bandera de sus enemigos.

El día 27 de febrero era el señalado para inaugurar las baterías, a las cuales había bautizado con dos nombres simbólicos que traducían las aspiraciones de su alma.

Batería de *La Libertad*, llamó a la de la barranca, y de *La Independencia* a la de la isla.

Deseando coronarlas como lo comunicó al gobierno, con un pabellón digno de estos nombres, que representaban dos grandes ideas, resolvió enarbolar en ellas el estandarte revolucionario, a cuya sombra debía conquistarse una y otra.

En la tarde del día indicado se formó la división en batalla sobre la barranca del río, en presencia del vecindario, congregado por orden del comandante militar.

A su frente se extendían las floridas islas del Paraná, que limitaban el horizonte; a sus pies se deslizaban las corrientes del inmenso río, sobre cuya superficie reflejábanse las blancas nubes en el fondo azul de un cielo de verano. El sol, que se inclinaba al ocaso, iluminaba con sus oblicuos rayos aquel paisaje lleno de grandiosa majestad.

En aquel momento, Belgrano, que recorría la línea a caballo, mandó formar cuadro, y, levantando la espada, dirigió a sus tropas las siguientes palabras:

Soldados de la patria:

En este punto hemos tenido la gloria de vestir la escapela nacional; en aquél (señalando la batería Independencia) nuestras armas aumentarán sus glorias.

Juremos vencer a nuestros enemigos interiores y exteriores y la América del Sur será el templo de la independencia y de la libertad.

En fe de que así lo juráis, decid conmigo: ¡Viva la patria!

Los soldados contestaron con un prolongado “viva”.
Y dirigiéndose en seguida a un oficial que estaba a la cabeza de un piquete, Belgrano le dijo:

— “Señor capitán y tropa destinada por primera vez a la batería *Independencia*: id, posesionaos de ella y cumplid el juramento que acabáis de hacer.”

Las tropas ocuparon sus puestos de combate.

Eran las seis y media de la tarde. En aquel momento se enarboló en ambas baterías la bandera azul y blanca y su ascensión fué saludada con una salva de artillería.

Así se inauguró la bandera argentina.

BARTOLOMÉ MITRE.





El grano de trigo

En ti se oculta el germen contenido
de una vida futura, de una planta,
y sobre ti la espiga se levanta
como estuche gentil de oro bruñado.

Tu gránulo parece en lo encendido,
rubi para el collar de una garganta,
y en ti palpita la pureza santa
de brindar tu salud al desvalido.

Del áureo sol cristalizado effluvio
es la substancia de tu cuerpo rubio,
que por lo breve apenas se divisa.

Lo noble guardas sin maldad ninguna,
¡y va en tu seno la nevada luna
que se eleva del cáliz en la misa!

SALVADOR RUEDA



LOS PADRES

Nuestros padres, por su experiencia y por el amor que nos tienen, siempre nos dirigen al bien.

Nuestros padres son los amigos más leales y más sinceros que podemos encontrar.

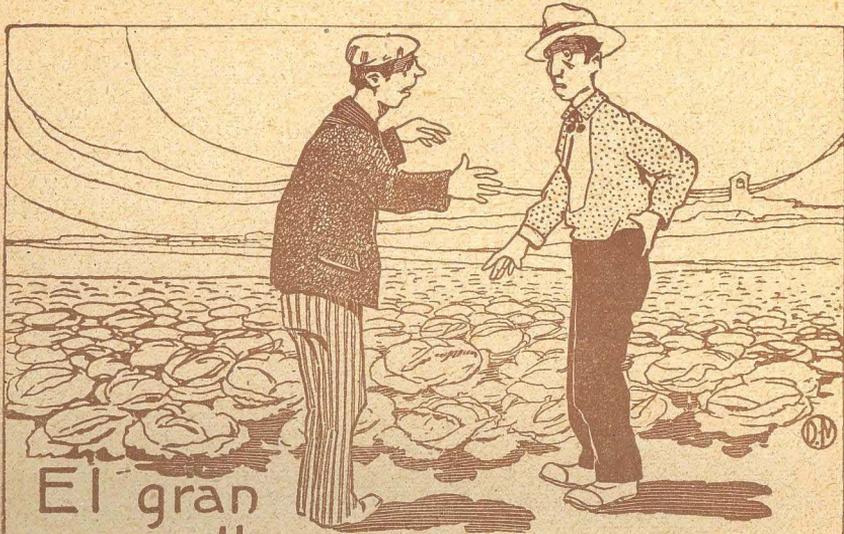
Los seres más despreciables y más desgraciados, son los malos hijos.

Honremos a nuestros padres, es decir, respetemos, amemos, obedezcamos y sirvamos a nuestros padres; así mereceremos la estimación de todo el mundo.

El que no obra bien con sus padres sufrirá penalidades horribles; porque el primer paso hacia la perdición es la falta de respeto y amor para los padres.

*Ama a tus padres, tierno y cariñoso,
respétalos, y vivirás dichoso.*





El gran repollo

Dos trabajadores jóvenes, José y Benedicto, paseaban una vez por una quinta de los alrededores de su pueblo, cuando uno de ellos, deteniéndose delante de un plantío, dijo al otro:

— Mira, José, ¡cuántos repollos y qué grandes!

— No son tan grandes, respondió José, a quien le gustaba darse mucha importancia. En un viaje, que hice hace poco, he visto un repollo que era más grande que la casa del cura de nuestra aldea.

— Eso no es nada, replicó Benedicto; yo he ayudado a hacer una caldera tan grande como la iglesia.

— Pero, por Dios, agregó José, ¿para qué serviría una caldera tan grande?

— ¿No lo adivinas? Pues... para cocinar tu repollo.
José, avergonzado, dijo entonces:

— Comprendo lo que me quieres enseñar. La lección
ha sido muy oportuna y te prometo aprovecharla.

No mentiré jamás.

Las personas cultas hablan con discreción y dicen siempre la verdad.



El agradecimiento

Recién llegado a una ciudad y careciendo de todo, un joven pintor pidió hospitalidad a un artesano, quien se la brindó afectuosamente, no obstante sus escasísimos medios de subsistencia.

Para mayor contratiempo el pintor cayó enfermo. El artesano no se descorazona, sin embargo, y desde ese día se levanta más temprano y se acuesta más tarde, para ganar más con su trabajo y poder así llenar los nuevos y, para él, imprescindibles deberes de la hospitalidad.

Mejorado el enfermo, recibió de sus parientes cierta suma de dinero, con la que pretendió pagar sus servicios al artesano, quien rechazó la proposición, diciendo:

—No señor: esta es una deuda que habéis contraído con el primer hombre que encontréis en la desgracia. *Yo debía este bien a otro y me he desquitado; no olvidéis de hacer lo mismo cuando la ocasión se presente.*



Los beneficios de la sociedad

El hombre es, por naturaleza, un ser sociable. Vive, y ha vivido siempre en sociedad. Los salvajes mismos forman los principios de sociedades, las tribus. No hay ni siquiera animales que no se reúnan a veces en bandadas y en tropillas.

Algunas veces se han encontrado hombres que vivían en las selvas. Esos hombres no daban señal alguna de razón. No tenían ningún idioma. Lanzaban gritos inarticulados, parecidos a los de los animales.

Tal sería la situación de los hombres si quisieran vivir sin el auxilio de sus semejantes: o perecerían o bien tendrían una vida miserable. Solamente en la sociedad y por medio de ella es como el hombre puede desenvolver sus facultades físicas, intelectuales y morales.

Las ventajas intelectuales de que somos deudores a la sociedad, son muy importantes. Sin la conversación de los demás hombres, ¿qué hubiéramos podido aprender por nosotros mismos? De los mayores o de los más instruidos es de quienes hemos recibido nuestra ciencia.

Sin la sociedad, no tendríamos libros ni maestros: sería imposible nuestra educación. Nuestra inteligencia permanecería estéril como un campo que no se cultiva.



A una rosa

Ayer esa corola,
muy perfumada,
de las brisas al soplo
abriste ufana,
dando a la aurora
como hermoso presente
tu grato aroma.

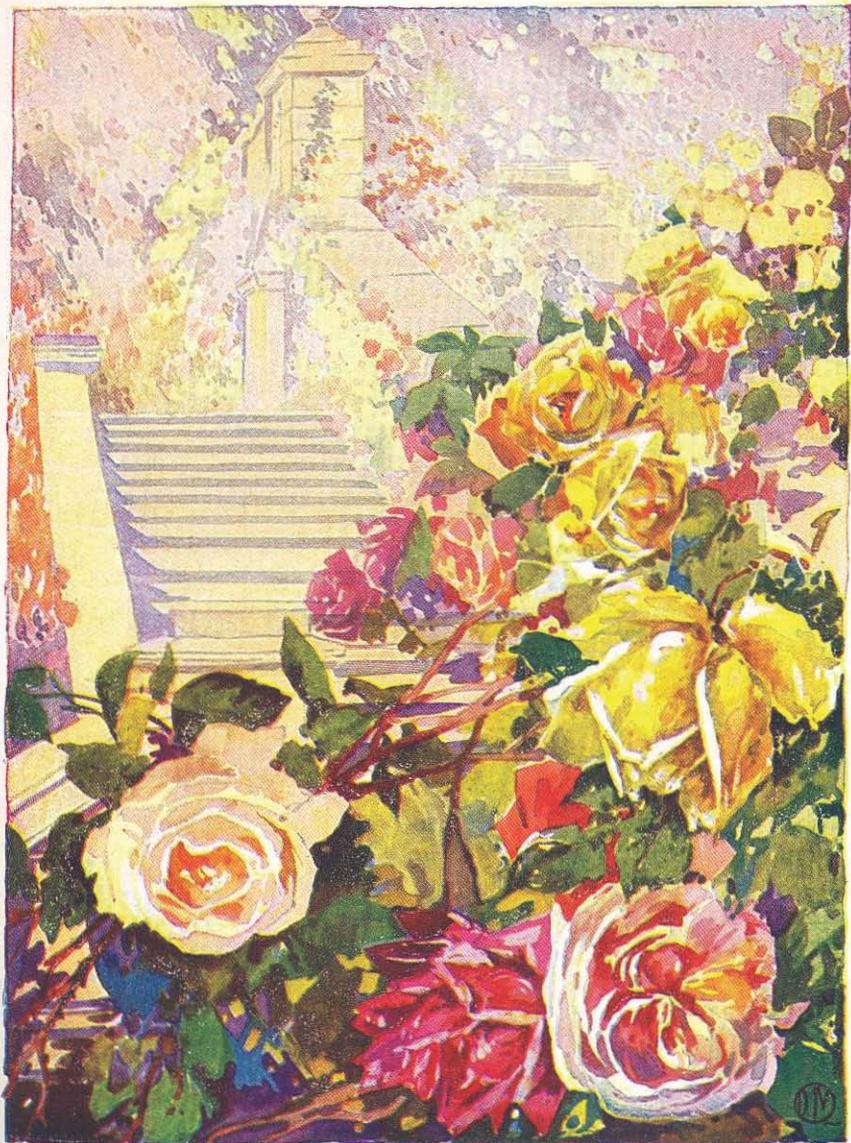
Hoy ya, triste, no luces
matices bellos,
porque están marchitos
tus rojos pétalos;
y tu hermosura,
como ilusión perdida,
huye y se oculta.

Mira ¡oh rosa! cuán poco
duró tu gracia,
porque apenas, apenas,
fué una mañana.
¡Adiós encanto
que huyó, dejando sólo
recuerdo ingrato!

*Así son las placeres
que hay en la vida:
hoy nos parecen flores,
mañana espinas.
Son frescas rosas
cuya belleza dura
sólo una aurora.*



A UNA ROSA



Son frescas rosas
cuya belleza dura...

Ama a tu prójimo como a ti mismo

Todos nuestros prójimos son dignos de amor. Amad y seréis amados; pero amad aunque no seáis amados.

Tratad a todas las personas como vosotros queréis ser tratados.

Cuando hagáis un bien no esperéis recompensa.

Las riquezas no dan honra ni la pobreza humilla: sólo dan honra el trabajo y la virtud; sólo humilla el vicio.

Es un ignorante y un tonto el que se mofa de la ignorancia del prójimo.

El que se burla de los defectos naturales ajenos es un malvado, porque se burla de algo que nadie puede evitar ni con la virtud, ni con el estudio, ni con el trabajo.

Revela grandeza de alma el que perdona sin esfuerzo las faltas ajenas.



La mujer argentina

¡Patria! De mi jardín la flor más bella
deshojaré a tus plantas... Yo en la historia
te he visto fulgar con luz de estrella,
mensajera de paz, nube de gloria.

Yo sé que el sol que iluminó tu vida
fué el sol de mayo que encendió volcanes,
donde templó su sangre bendecida
una raza invencible de titanes.

Yo también sé que la mujer entonces
fué aliento, voz, inspiración, ofrenda...
¡Por ella fué más vengador el bronce
y por ella más grande la contienda!

Hoy llega hasta tu altar... Lumbre divina,
la corona de eternos resplandores...
Es la mujer más bella, la argentina
al pie de tu ara deshojando flores!

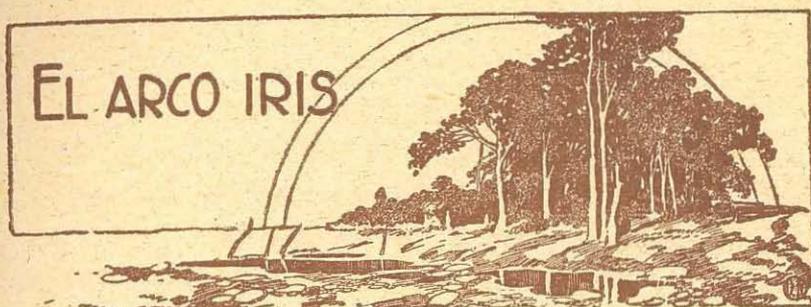
LUIS N. PALMA.



EL ARCO IRIS



Allí abajo, cerca del viejo sauce, a orillas del arroyuelo...



A consecuencia de una terrible tormenta, pero que hizo mucho bien, apareció de repente en el horizonte un magnífico arco iris. Enriquito, que miraba por la ventana lo vió, y exclamó lleno de alegría:

— ¡Jamás, desde que estoy en el mundo, he visto tan admirables colores! Allí abajo, cerca del viejo sauce, a orillas del arroyuelo, baja desde lo alto de las nubes hasta la tierra. ¡Oh! estoy seguro que todos esos hermosos colores van a caer en gotitas en cada hoja de aquel árbol; corramos pronto a recogerlas en estas conchas de mi caja de pinturas.

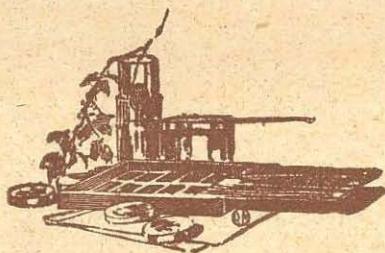
En efecto; echó a correr el niño cuanto pudo hasta el cauce, pero, con gran asombro suyo, se encontró solo en medio de la lluvia y no descubrió cerca del árbol la menor huella de aquellos tan codiciados colores.

Mojado hasta los huesos, volvió a tomar tristemente el camino de su casa, y contó luego el percance a su padre.

Escuchóle éste con atención y dijo después, sonriéndose:

— Hijo mío, esos colores no son de los que se pueden poner en conchas; son gotitas de lluvia que brillan algunos instantes a la claridad del sol. Esos resplandecientes matices no tienen nada de real ni de sólido.

Son lo mismo, mi querido hijo, que todas las pompas y vanidades de este mundo, que nos parecen algo, y que en realidad no son más que un falso y vano resplandor.



MAMÁ

I

Eres pequeño, hijo mío...

Eres pequeño, hijo mío, y no puedes apreciar aún cuánto te quiere mamá.

Tú la ves reír, y, a veces, llorar. ¿No es verdad? ¿Sabes por qué ríe? ¿Sabes por qué llora?

Escucha: te lo diré en secreto.

Cuando tu madrecita ríe, es porque rien tus pupilas, saltan tus ojos, juegan tus labios. Entonces estás contento. Entonces eres feliz.

Cuando madrecita llora, es porque están tristes tus pupilas, no saltan tus ojos, no juegan tus labios. Entonces no estás contento. Entonces no eres feliz.

Si te miras al espejo de tu alcoba, te ves como eres, con la carita risueña o triste.

Y bien: tu madrecita querida, llora si tú lloras; ríe si tú ríes, porque es el espejo de tu alma.

II

Ayer, mientras dormías...

Ayer, mientras dormías, tu madrecita del alma velaba tu sueño, sentada al lado de tu camita.

Un rayo tibio de sol ponía una nota de primavera en la alcoba, la silenciosa alcoba en que pasaste los interminables y crueles días de tu enfermedad.

De pronto, entre sueños, sonreíste.

Madrecita se incorporó y sonrió también. Era la primera vez, después de cuarenta días con sus fatidicas cuarenta noches, que madrecita sonreía.

Tú despertaste entonces, y tu despertar tenía todo el encanto de un capullo de rosa que se abre al sople amoroso de la vida.

Y tus ojos buscaron los de madrecita, que no pudieron esconder una lágrima en aquel instante de felicidad suprema...

Volviste a la vida, más bello, más lozano, más gallardo que nunca, y al abrazar a tu madre observaste con asombro que su cabellera, antes negra como la tierra húmeda de tu jardincito, comenzaba a blanquear cual si algunos copos de nieve hubieran caído sobre ella.

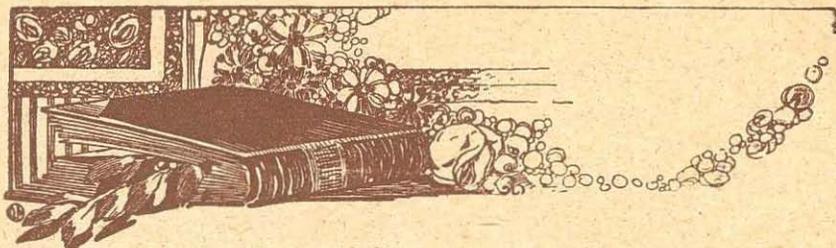
¡Pobre madre! Con jirones de su existencia detuvo, en tu cuerpecito enfermo, la vida que se te iba. Luchó y triunfó.

Ya sabes, ahora, ángel mío, por qué madrecita tiene copos de nieve en su cabeza, hoy más bella, más soñadora que ayer.

Una madre — ha dicho un escritor — es un alma que no deja un momento de querer.

MÁXIMAS Y PROVERBIOS

1. *La mentira engaña, más que a nadie, al que miente.*
2. *La murmuración de la envidia, es una alabanza.*
3. *Todo fruto ha sido áspero antes de la madurez.*
4. *Quien mal anda, mal acaba.*
5. *Alma sana en cuerpo sano.*
6. *Venera a tus padres, respeta a tus maestros, considera a tus mayores.*
7. *Tanto va el cántaro a la fuente, que al fin se rompe.*
8. *El alimento del alma es la virtud y la justicia.*
9. *Un buen amigo es un tesoro.*
10. *La buena lectura se asemeja a la simiente arrojada en tierra virgen, de la cual el cultivador recogerá óptimos frutos en el porvenir.*



LOS MAESTROS

Los maestros dirigen nuestra inteligencia, forman nuestros conocimientos y nos allanan el camino de la vida.

Debemos considerar a los maestros como si fueran nuestros segundos padres.

Si no tuviéramos quien nos enseñara, viviríamos como las bestias, sin progreso y sin civilización.

Debemos estimar a todos los hombres sabios como si fueran nuestros maestros.

Los sabios y los maestros, por sus conocimientos y su experiencia, tienen aptitudes para aconsejarnos prudentemente.

Los estudios de los sabios y los maestros son más útiles para la sociedad en que viven, que para ellos mismos.

*Al maestro reverencia
y aprovecha su experiencia.*



Compadecióse una rosa
de ver andar por el fango,
lleno de miseria y lodo,
a un miserable gusano.

Y con voz llena de afecto:
— “Sube, le dijo: te guardo
entre mis hojas de seda
abrigo y dulce descanso”.

Subió el gusano y al punto
en la flor el diente hincando,
sin respetar su hermosura,
el seno le hizo pedazos.

*La rosa es la gente buena
que hace favor sin pensarlo;
mientras que el gusano infame
no es otro que el hombre ingrato.*



RICARDO DOMÍNGUEZ.



General JOSE DE SAN MARTÍN

EL MÁS GRANDE DE LOS PATRIOTAS

*¡No morirá tu nombre!
ni dejará de resonar un día
tu grito de batalla,
mientras haya en los Andes una roca
y un cóndor en su cúspide bravía.*

ANDRADE.

Don José de San Martín fué el más grande de los patriotas de nuestra independencia.

Formó el *Regimiento de granaderos a caballo*, y con él venció a los españoles en varias batallas, asegurando la independencia de la patria y de otros países sudamericanos.

San Martín era un hombre modestísimo.

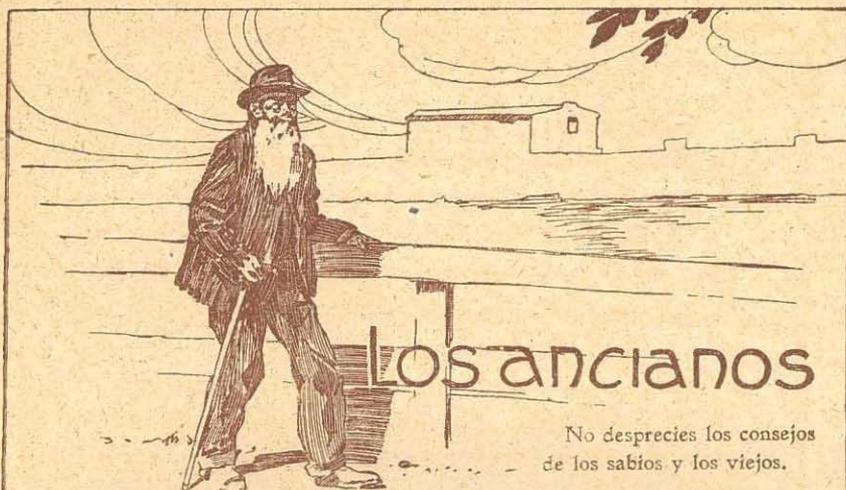
Se cuenta que llevaba sus botas muy remendadas y que para asistir a una función religiosa, celebrada en acción de gracias con motivo de la batalla de Maipo, tuvo que pedir prestada una camisa a un amigo porque él no la tenía.

La vida de este ilustre argentino, el primero en el corazón de sus conciudadanos, está llena de grandes enseñanzas cívicas y morales.

El general San Martín murió lejos de la patria: en Boulogne-sur-Mer (Francia), el 17 de agosto de 1850. Sus restos fueron traídos a Buenos Aires y depositados en la Catedral.

Si visitas su tumba, leerás en ella estos cuatro nombres, que sintetizan sus campañas gloriosas: *San Lorenzo, Chacabuco, Maipo y Lima.*





Los ancianos

No desprecies los consejos
de los sabios y los viejos.

Escuchemos con veneración los consejos de los ancianos.

Al venir a la vida nos hemos encontrado con casas, pueblos, campos cultivados, ropas, alimentos, muebles y multitud de conocimientos útiles, adquiridos por los que han vivido antes que nosotros.

Quizá ese anciano que pasa ha sido el maestro de nuestros padres, o el defensor de nuestro hogar, o el soldado que expuso su vida en los campos de batalla luchando por la libertad y la gloria de nuestra patria.

No cometamos la torpeza de reirnos de un anciano, porque, además de ser ingratos, nos burláramos de nuestro propio porvenir.

Respetemos las canas de los que han vivido más que nosotros, para tener el derecho de que se respeten las nuestras, a su tiempo.

LOS INMIGRANTES

“ El gobierno federal fomentará la inmigración europea ;
“ y no podrá restringir, limitar ni gravar con impuesto al-
“ guno, la entrada en el terri-
“ torio argentino de los extran-
“ jeros que traigan por objeto
“ labrar la tierra, mejorar las
“ industrias, e introducir y en-
“ señar las ciencias y las artes”.

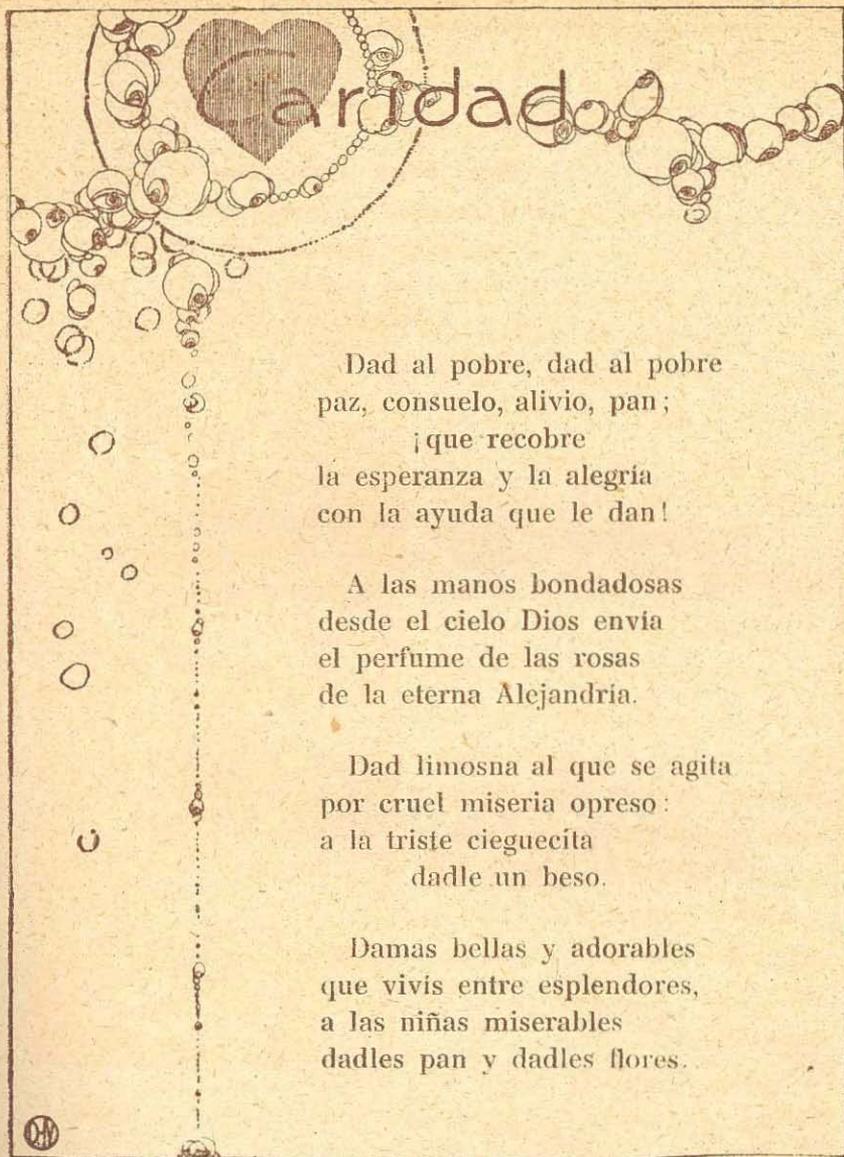
(Constitución de la Nación Argentina).

Todos los que como hué-
pedes desembarcan en nuestras
playas y se colocan como ha-
bitantes bajo el amparo de
nuestras leyes hospitalarias,
traen su contingente moral y
material a nuestra civilización,
y mancomunan por el hecho
sus esfuerzos, sus sentimien-
tos y sus intereses con los
nuestros.

Nos traen sus brazos ro-
bustos, sus capitales, su inteligencia práctica y teórica,
su actividad, su sangre y su corazón también.



BARTOLOMÉ MITRE.



Dad al pobre, dad al pobre
paz, consuelo, alivio, pan ;
¡ que recobre
la esperanza y la alegría
con la ayuda que le dan !

A las manos bondadosas
desde el cielo Dios envía
el perfume de las rosas
de la eterna Alejandria.

Dad limosna al que se agita
por cruel miseria opreso :
a la triste ciegucecita
dadle un beso.

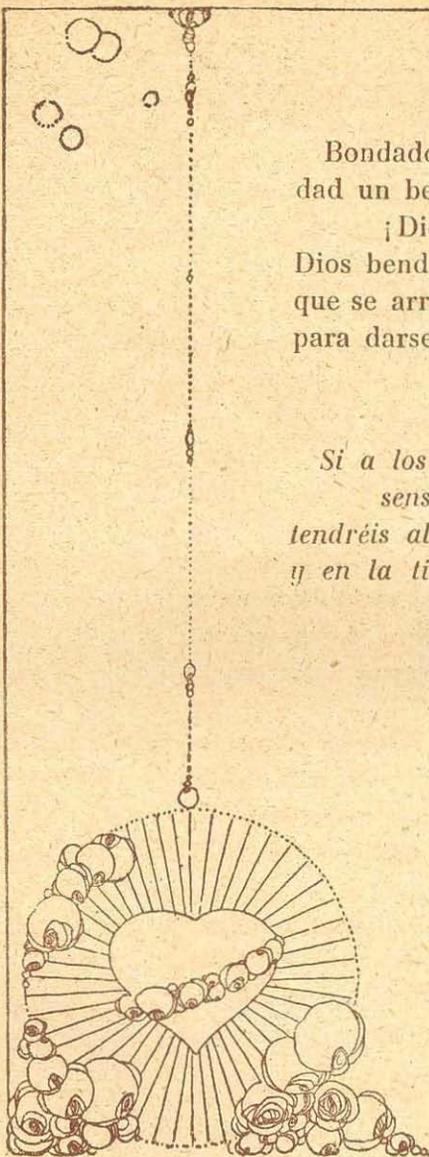
Damas bellas y adorables
que vivís entre esplendores,
a las niñas miserables
dadles pan y dadles flores.



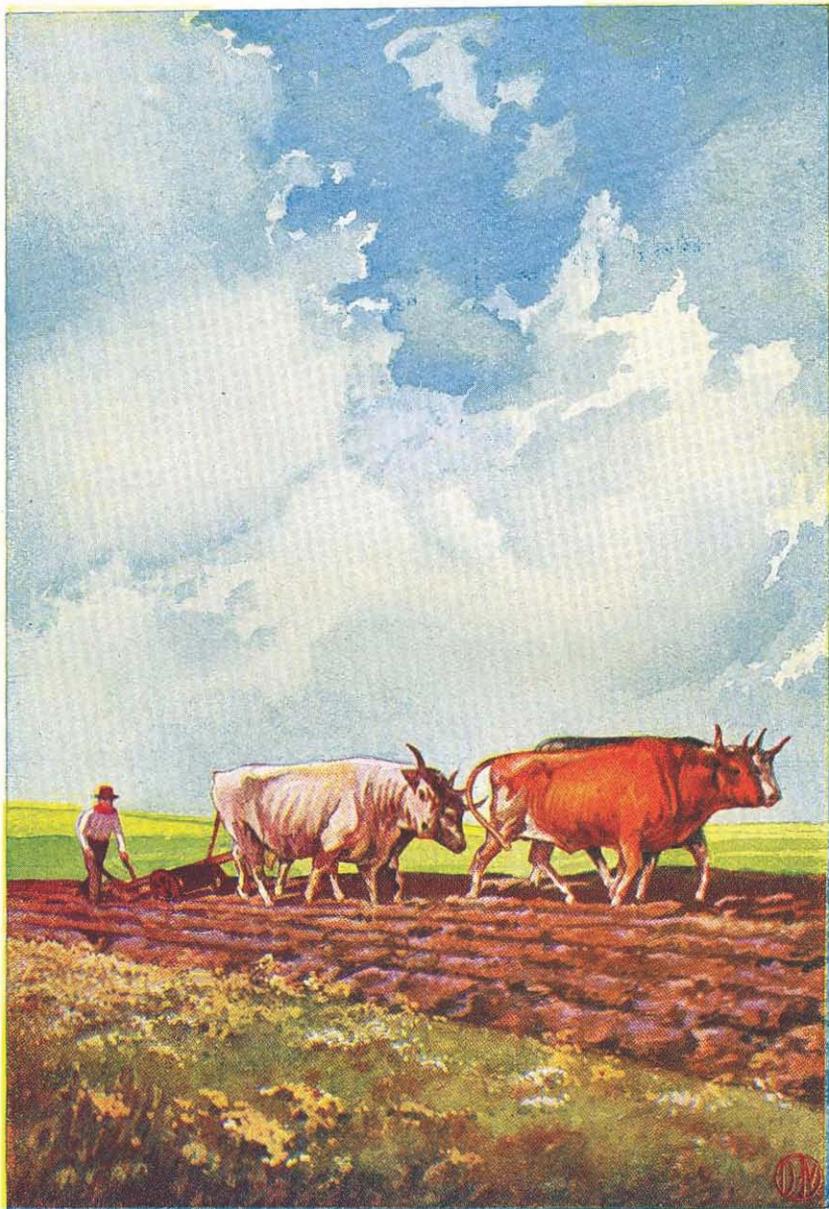
Bondadosas y discretas
dad un beso al pobre niño...
¡Dios bendiga,
Dios bendiga las violetas
que se arrancan del corpiño
para darse a una mendiga!

*Si a los tristes dais consuelo,
sensitivos corazones,
tendréis alas en el cielo
y en la tierra bendiciones.*

RUBÉN DARÍO.



EL LABRADOR



—¿No es verdad que mi tarea es bella, noble y productiva?

Biblioteca Nacional de Maestros

LOS OFICIOS

I

EL LABRADOR

Yo soy el labrador que abre con el arado los dilatados surcos. Preparo la tierra que ha de recibir la simiente.

Mi vida se desliza tranquila en el campo, trabajando y admirando la obra del Creador.

Veo las plantas germinar, crecer y florecer bajo la influencia de la humedad, del sol y las lluvias.

Con el arado rompo la corteza de la tierra en la que deposito luego la semilla. ¿Os gusta el pan? Pues sabed que yo siembro y cosecho el trigo con que se hace.



¿No es verdad que mi tarea es bella, noble y productiva?

EL ALBAÑIL

Yo soy el albañil a quien véis trabajar de sol a sol, tan expuesto a los rigores de la intemperie como a los peligros de una caída. Siempre ando sobre andamios y tejados.

Nadie como yo realiza obras de tanta magnificencia, ni tiene un teatro de acción tan diverso. Lo mismo construyo palacios y templos, que las más modestas viviendas.

Trabajo con tierra, adobe, ladrillos, cal, arena, baldosas, tejas, madera y otros materiales.

Manejando la llana o cuchara, la paleta, la piqueta o el martillo, soy feliz, porque con esas herramientas trabajo y con ellas lleno las necesidades de mi modesto hogar.

Ya véis que no tengo nada que envidiar a nadie.



EL CARPINTERO

Yo soy el carpintero.

Con el cepillo, la sierra, la garlopa, el mazo, el formón y el escoplo, trabajo la madera y hago puertas, ventanas, celosías, escaleras y muchos objetos más.



Sin mi trabajo, las casas que habitamos estarían expuestas al viento y a la lluvia.

En el taller tengo pino, nogal, cedro, roble y otras maderas, que toman diversas formas sobre mi banco, según las órdenes que recibo.

Mi trabajo es considerado como uno de los más nobles y quizás el más antiguo, pues el arte de trabajar la madera fué conocido por los pueblos más remotos.

Como el labrador y el albañil, soy modesto y tan necesario como ellos.

EL HERRERO

Soy un herrero de aldea. Por eso, lo mismo hago una reja para una ventana que un par de herraduras; la llave de una puerta como las llantas para las ruedas de un carro.

En mi taller el fuego arde todo el día enrojeciendo el hierro que yo bato y amoldo en la bigornia; al compás de mis cantos favoritos.

No tengo mayores necesidades, porque sé ajustar siempre mis gastos a los ingresos, y este sistema me permite vivir cómodamente.

¿Acaso necesito más para ser feliz?



EL ZAPATERO

A mi me llaman zapatero de viejo porque remiendo botas, botines y zapatos. A veces, también me llaman remendón.

Esto no me molesta, sin embargo: yo sé que debo trabajar, porque el trabajo es ley de la vida. Además, todo trabajo honrado, ennoblece siempre.

Uso la lezna, el tranchete, el martillo, las tenazas, las hormas y el banco.

Me gusta cantar y a veces canto todo el día. Las vecinas dicen que soy feliz. Yo también lo creo.

En mi modestia, tengo una habilidad que si no es envidiable, es rara, por lo menos: soy el único que coso sin agujas.





El día 3 de febrero de 1813, se libró el combate de San Lorenzo, entre fuerzas españolas y las que mandaba San Martín.

La acción, como sabéis, fué un triunfo para nuestras armas; pero lo que ignoráis, quizá, es que el jefe de nuestros valientes soldados, estuvo a punto de perecer.

Una bala de cañón mató al caballo que montaba San Martín, y el animal, en su caída, apretó una pierna al jinete.

Imposibilitado éste de todo movimiento, habría muerto allí a manos de los soldados españoles, si el bravo sargento Juan Bautista Cabral no se hubiera interpuesto entre su jefe y los enemigos.

El sargento Cabral pagó con la vida su acción heroica, exclamando pocos momentos antes de morir:

— ¡Muero contento! ¡Hemos batido al enemigo!

Este humilde sargento, queridos niños, nos enseña cómo se muere por la patria cuando lo exige su libertad.



EL SECRETO

Siguiendo yo una tarde a un muchachuelo,
le vi la población dejar gozoso,
y deslizarse luego misterioso
hacia una mata, con visible anhelo.

Como la tierna madre que a su hijuelo
canta y contempla en medio del reposo,
le vi entreabrir las ramas cuidadoso,
mirar, y unir las con amante celo.

—Ángeles, proteged mi planta bella.
¡No permitáis que humana criatura
la registre, la mueva o la moleste!

Dijo, y se fué el rapaz. Corri hacia ella...
Abri, miré, y oculto en la espesura
vi un nido y huevos de color celeste.



Era el día de la patria, y así habló el viejo maestro a sus niños:

Acercaos, necesito hablaros.

Cubrid con esas flores los severos monumentos que rememoran y eternizan las glórias de la patria.

¡Sean ellas vuestra infantil ofrenda en este nuevo aniversario de su libertad!

Depositadlas con cariño; levantad vuestra cabeza y a la sombra de la bandera de Belgrano, en unión fraternal, decid conmigo:

*Sean eternos los laureles
que supimos conseguir:
coronados de gloria vivamos
o juremos con gloria morir.*

Oid, mortales, el grito sagrado:
¡Libertad! ¡Libertad! ¡Libertad!
¡Oid el ruido de rotas cadenas!...
ved en trono a la noble Igualdad.

Ya su trono dignísimo alzaron
las Provincias Unidas del Sud.
Y los libres del mundo responden
¡AL GRAN PUEBLO ARGENTINO, SALUD!

Sí, queridos niños, esperanza de la patria; que no se apague en vosotros el eco de nuestra canción inmortal, reflejo fiel de las luchas y las glorias del pueblo de Mayo.

¡Echad flores! ¡Más flores! ¡Sea la gratitud en vuestras almas planta perenne, luz meridiana inextinguible!

Ved a la patria en vuestro hogar, en la escuela, en vuestros maestros, en vuestros amigos, en todo cuanto os rodea, y amadla, sí, amadla, como la amaron San Martín, Belgrano y Güemes, Rivadavia y Sarmiento.

Sed buenos y estudiosos para llegar a ser hombres de bien, y la patria será más grande y feliz en el concierto de las naciones libres del mundo.





A orillas del charco La rana y la gata blanca

Saltó una rana desde su charco al césped, donde tomaba el sol una gatita blanca.

Ésta, asustada, dió un brinco, arqueó el espinazo y erizó todo su pelo, convirtiendo el rabo en un escobillón.



— No bufé usted, señora, exclamó la rana cortésmente; he estado mucho tiempo encogida y he saltado a tierra para hacer ejercicio; no siempre ha de estar uno en cucullas. Sosiéguese usted y vuelva las uñas a la vaina.

— Confieso que me sorprendió tu aparición repentina y creí que me acometían, respondió la gata, sosegada al reconocer al anfibio. Qué quieres, agregó, el mundo está lleno de peligros y hay que vivir alerta y dormir con un ojo solamente.

La rana dió otro salto y la gata comenzó a enseñar sus uñas y a erizarse.

— ¡Quieto! ¡Quieto! señora rana, o no respondo de mi, si continuas moviéndote.

— Estoy haciendo flexiones gimnásticas.

— Pues basta de flexiones. ¿No reparas que acabas de salir del lodo y puedes salpicar mi traje blanco?

— Alto ahí, señora gata; acérquese usted sin cuidado, que si usted viste pieles blancas, yo llevo un impermeable ceñido al cuerpo y estoy recién lavada.

— Desengáñate, no puede estar limpia quien vive dentro del fango.

— Todo lo contrario, amiga mía. Dios me mandó habitar en él por ser uno de los pocos seres que pueden vivir en el lodo sin mancharse.



JOSÉ FERNÁNDEZ BREMÓN.

Es mérito evitar en la vida el contacto de los vicios; pero es mayor virtud mantenerse limpio aun en medio del lodazal, como la rana.



LA CANCIÓN DE LA PATRIA

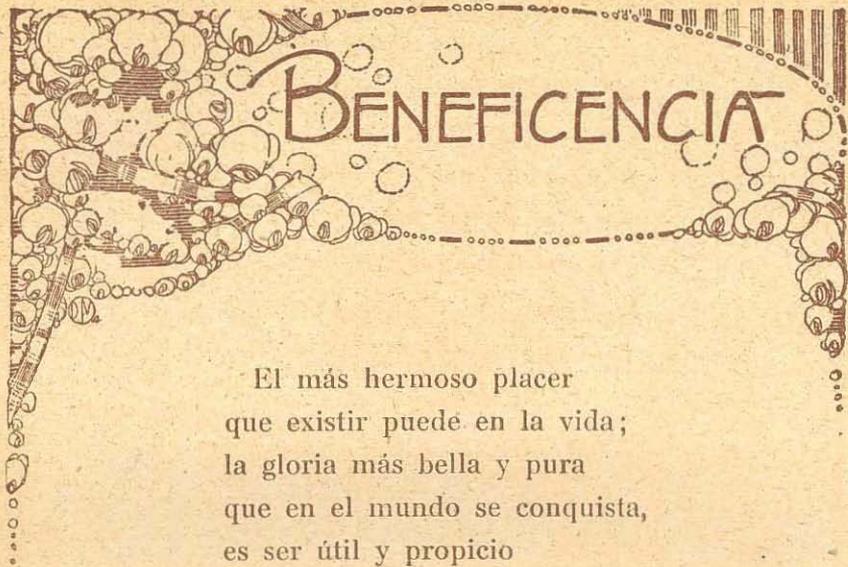
Don Vicente López y Planes escribió la canción de la patria, es decir, el himno nacional.

En esos versos se cantan las glorias del pueblo de Mayo y los sacrificios que hicieron nuestros mayores por legarnos una patria libre e independiente.

El maestro Blas Parera, puso en música los inspirados y vibrantes versos de López.

El himno nacional, amiguitos míos, debe ser escuchado y cantado con el mayor respeto.

Dondequiera que lo oigáis, descubrios y poneos de pie.



El más hermoso placer
que existir puede en la vida;
la gloria más bella y pura
que en el mundo se conquista,
es ser útil y propicio
a la universal familia;
sembrar el bien por doquiera
sin dudas ni cortapisas.

Como esparce el sol sus rayos
por la extensión infinita,
verter odorantes flores
sobre las ajenas cuitas.

Ser bueno, ser siempre bueno;
aunque en tan noble porfia
nos hieran emponzoñadas
la ingratitud o la envidia.

*Y al derramar dulce bálsamo
del prójimo en las heridas,
o al recibir los favores
de un alma noble y benigna,
proceder de tal manera
que nuestras acciones pías
las ignore el mundo, y sepa
el bien que otro nos prodiga.*

RODOLFO MENÉNDEZ.



MÁXIMAS Y PROVERBIOS

1. *Más vale una onza de hechos que un quintal de buenas razones.*
2. *Si mientes una vez tendrás que inventar muchas mentiras para sostener la primera.*
3. *Ama a tu prójimo como a ti mismo.*
4. *Dios al humilde levanta,
y al orgulloso quebranta.*
5. *Todo el que estudia aprende, y lo que más trabajo cuesta, no se olvida jamás.*
6. *Al que madruga, Dios le ayuda.*
7. *Si quieres ser sabio, rico y sano, acués-
tate y levántate temprano.*
8. *Si gastas menos de lo que ganas, la mi-
seria no llegará a tu hogar.*
9. *Parte tu pan con tu enemigo hambriento
y dale de beber si está sediento.*
10. *Primero que hombre ilustrado y sabio,
conviene ser buen ciudadano.*

DOS EJEMPLOS

I. LAS BUENAS COMPAÑÍAS

Paseándose un poeta cierto día, levantó del suelo una hoja medio seca, que despedía un olor muy agradable.

— Tú que exhalas perfume tan suave, le dice, ¿eres rosa?

— No, respondió, no soy rosa; pero he vivido algún tiempo con ellas y de ahí procede mi perfume.

II. LAS MALAS COMPAÑÍAS

Un maestro encontró a un joven acompañado de un camarada, muy conocido por sus vicios.

Avergonzóse el primero de hallarse en tan mala compañía, y el rubor se mostró en sus mejillas.

— ¡Valor, hijo mio!, — le dijo el maestro, — me alegro de ver en tu rostro esa muestra de pudor; pero, valdria más que buscaras compañeros de quienes no tuvieras que avergonzarte ante la sociedad.

Dime con quién andas y te diré quién eres.

❁ El ciego y el parálitico ❁

Se cuenta que un ciego y un parálitico llegaron juntos a la orilla de un arroyo.

— Gracias a Dios que encuentro un vado, exclamó el parálitico. Pero, sospecho que el arroyo está algo crecido y me faltarán fuerzas para cruzarlo.

— Si tuviera tus ojos, dijo el ciego, suspirando, mis piernas ofrecerían bastante resistencia para luchar con la corriente y atravesar el vado, pero temo dar un paso en falso, privado como estoy de la vista.

— Se me ocurre una idea, dijo el parálitico, con aire alegre. Los dos juntos haremos un hombre solo con robustas piernas y ojos bien abiertos. Llévame a cuestras, te guiaré con mi vista y tus pies nos servirán de apoyo.

Consintió gustoso el ciego y ambos llegaron sanos y salvos a la opuesta orilla.

Un hombre alejado nunca consigue lo que desea: necesita el auxilio de los demás.

Aprovechaos de las buenas cualidades de vuestro vecino y sedle útil a vuestro turno.

Ayudaos mutuamente y alejaréis todos los peligros.

EL NIDO

Mira el árbol que a los cielos
sus ramas eleva erguido;
en ellas columpia un nido
en que duermen tres polluelos.

Son hijos de un ruiseñor
que en la tarde sosegada,
en la noche, en la alborada,
les canta endechas de amor.

Ellos forman su tesoro
y en el ramaje sómbrio
responde a su *pío, pío*,
cual diciendo: — “los adoro”.

Quien los ve se maravilla;
aire y luz les da el espacio
y viven en un palacio
de esparto, plumón y arcilla.

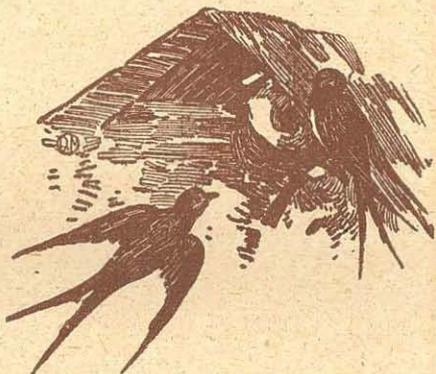
Un rapazuelo atrevido,
destructor, inquieto y malo,
ató una escarpia en un palo
para derribar el nido.



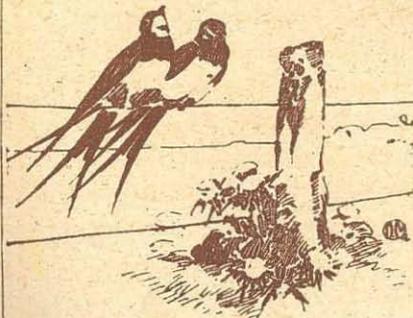
Ya la alzaba con sus manos
cuando enternecido el pecho
le gritó: — “Piensa en el lecho
en que duermen tus hermanos.”

“Piénsalo un instante y di:
¿qué hiciera yo, qué esperara,
si un ladrón así matara
a tus hermanos y a ti?”

Volvió el rostro con enojos
y halló a su madre el rapaz
que, con tristeza en la faz
y un mar de llanto en los ojos,



— “Deja tales desvarios,
le dice, los seres buenos
cuidan los hijos ajenos
como yo cuido a los míos.”



“Ese nido es un hogar;
no lo rompas, no lo hieras;
sé bueno y deja a las fieras
el vil placer de matar.”

JUAN DE DIOS PEZA.

Las niñas heroínas de Ayohuma

En su *Historia de Belgrano*, refiere Mitre el siguiente episodio :

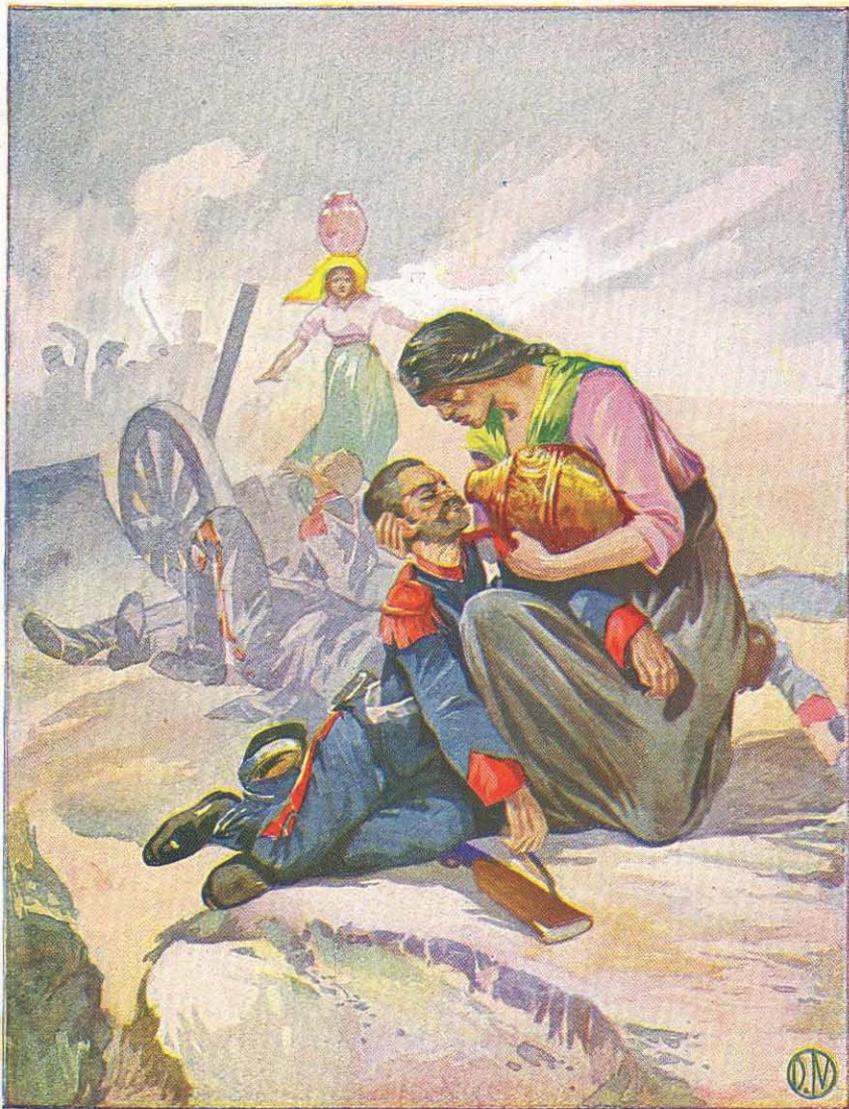
El 14 de noviembre de 1813, el ejército argentino, al mando del general Belgrano, fué atacado en la pampa de Ayohuma (Bolivia) por el ejército de Pezuela.

Eran tres mil hombres los primeros, con sólo ocho malos cañoncitos, mientras que el general español disponía de tres mil quinientos hombres y diez y ocho cañones mayores y buenos ; así, todas las probabilidades del triunfo estaban de parte del último.

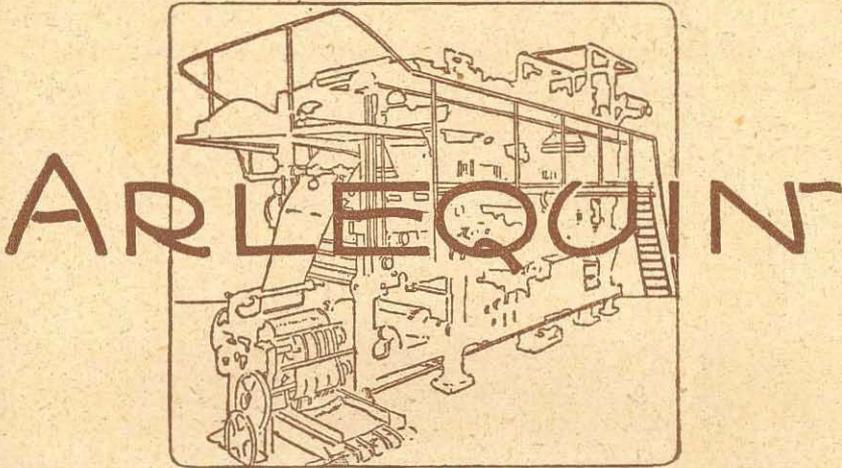
La línea patriota fué vencida, pero, según el general enemigo, ella soportó valerosamente el cañoneo que barria sus hileras, manteniéndose con tal firmeza — son sus palabras — como si hubiese criado raíces en el lugar que ocupaba.

Durante la batalla, una mujer de color, llamada María, conocida en el campamento argentino con el sobrenombre de "Madre de la patria", y dos de sus hijas, con cántaros en la cabeza, se ocuparon durante todo el tiempo de la dura pelea y del cañoneo en proveer de agua a los soldados, llenando una obra de misericordia y enseñando a los hombres el desprecio de la vida.

LAS NIÑAS HEROINAS DE AYOHUMA



Durante la batalla, una mujer de color, llamada María, y dos de sus hijas...



I

Ya está lista la última edición de *El Herald*, y en remolino se lanzan a devorarla más de cien chicuelos de distintas edades.

En aquel vaivén humano que se desespera, presa de agitaciones nerviosas, intensas, todos quieren ser los primeros, y gritan, se empujan, se estropean.

Los más diestros tienen ya los ejemplares pedidos y salen echando chispas por esas calles de Dios, al grito atronador de:

¡El Herald! ¡El Herald!

Cien voces lo pregonan a un tiempo, como un eco repetido al infinito.

II

La imprenta ha quedado desierta. Agotada la edición, no hay nada que hacer en la casa.



Sólo un chico vendedor de diarios, de diez años escasos, no abandona el umbral de la puerta. En su carita pálida, consumida por la anemia, se nota la huella del dolor. Contra su costumbre, no ha sacado diarios.

Sus compañeros son más felices que él, y los gritos de: ¡*El Heraldo!* ¡*El Heraldo!* llegan a su corazón como puntas aceradas.

Él no tiene diarios para vender, ni dinero para comprarlos.

Está muy triste. ¿Piensa en sus padres? ¿Acaso en su hermanito enfermo?

III

Son las diez. La noche está obscura y lluviosa. Sin más abrigo que sus harapos, Arlequín, el niño vendedor de diarios, yace acurrucado en el portal de una iglesia.

Un rayo de luz ilumina su semblante, más pálido que nunca.

A intervalos una débil sonrisa se dibuja en sus labios, y sus músculos faciales se contraen en una sensación de placer.

¿Sueña? ¿Goza, acaso, de la ilusión de una vida mejor?

IV

Un puntapié disipa bruscamente sus ensueños de felicidad.

Es la "caricia" de un vigilante poco compasivo, que en esa forma le advierte que debe levantarse y continuar su camino.

Soñoliento y bostezando, Arlequin se restrega los ojos y anda, anda, sin saber a dónde va.

¡Era tan feliz soñando!

Ahora, en cambio, vuelve a sentir todo el peso de su desgracia.

Tiene hambre y no tiene qué comer. Tiene frío y no tiene con qué abrigarse. ¡Tiene sueño y no le dejan dormir!
¡Pobre Arlequin!

V

Huyendo del bullicio de las gentes y de la lluvia que arrecia, penetra el chico en una callejuela oscura, y se detiene ante una sombra que ocupa el hueco de una puerta.

Mira atento y sin poderlo disimular esta vez, deja correr una lágrima.

Lo sombrá es un niño como él, y como él, vendedor de diarios.

Sí, lo reconoce: es Mosqueta, el pobre Mosqueta. Se acerca a él, le mira fijamente y retrocede conmovido.



Mosqueta, el niño infeliz, de siete años apenas, está todo mojado, tiene fiebre y tiembla de frío.

— ¡Desgraciado!, exclama Arlequin. Acaso también tú eres víctima de padres abandonados como los míos. Acaso también a ti te echan del hogar, sin abrigo, sin pan y sin dinero, por el solo delito de no haber correspondido con las ganancias del día a sus deseos. ¡Pobre Mosqueta! ¡Somos hermanos en nuestra desgracia!

VI

Amanece.

La lluvia ha cesado y el cielo azul promete un día de espléndido sol.

En el rincón de la puerta de la callejuela oscura, Mosqueta sigue durmiendo.

Al parecer, está tranquilo y ya no tiembla de frío.

A su lado, muy junto a su cuerpo, está Arlequin, velando su sueño. Corazón noble y generoso, hasta se ha desprendido de su blusa harapienta para abrigar a Mosqueta. Y en ese instante, aun en medio del dolor, del hambre y de la miseria que lo consumen, se siente feliz.



RAYO DE LUNA

UNA SONATA DE BEETHOVEN

Cierta noche, el gran músico Beethoven paseaba, según su costumbre, por los alrededores de su pueblo natal. Al pasar por delante de una casa de campo de humilde apariencia, oyó tocar el piano, se detuvo y escuchó, observando que una mano habilísima tocaba una de sus más hermosas sinfonías.

Maquinalmente, sin darse cuenta de lo que hacía, Beethoven entró en aquella casa, abrió la puerta de la habitación donde sonaba el piano, y se halló en presencia de una joven, que interrumpiendo la sinfonía, dijo:

—¿Eres tú, papá?

Y volvió a tocar, acabando tranquilamente su obra. Después, volviéndose hacia Beethoven, la muchacha le dijo con alegría:

—Ven, papá, acércate para que te abrace, ya que no puedo ir yo misma a buscarte.

Beethoven se acercó al piano, y se quedó penosamente conmovido.

Aquella niña era ciega.

El maestro no pudo contener una triste exclamación.

Esta voz desconocida asustó a la joven, que preguntó con la mayor ansiedad:

—¿Quién sois? ¿No sois mi padre?

—No, hija mía, respondió melancólicamente el maestro. Pero no temáis: soy un amigo, soy Beethoven.

—¡Cómo! ¿Sois Beethoven?, exclamó la joven alborozada. ¡Oh! qué desgracia tan grande la mía que no me permite ver a quien tanto venero! Hace dos años que una grave enfermedad me quitó la vista, y desde entonces sólo la música me consuela; sin la música ya habría muerto de tristeza... Sobre todo, vuestras obras son las que más me unen a la vida, haciéndome olvidar mi desgracia.

Emocionado, el artista suspiró y dijo:

—Si no podéis verme, por lo menos podréis oírme.

Beethoven se sentó al piano, una lágrima resbaló lentamente por sus mejillas y los sentimientos que llenaban su alma, se manifestaron en un torrente de armonía. Sus dedos corrieron sobre las teclas, improvisando aquella sonata admirable que se llama *Rayo de luna*.



El amanecer

Blando céfiro mueve sus alas
empapadas en fresco rocío...
de la noche el alcázar sombrío
dulce alondra se atreve a turbar:
Las estrellas cual sueño se borran...
sólo brilla magnífica una...
¡es el astro del alba! La luna
ya descende, durmiéndose, al mar.

Amanece: la raya del cielo
luce trémula cinta de plata,
que, trocada en fulgente escarlata,
esclarece la bóveda azul:

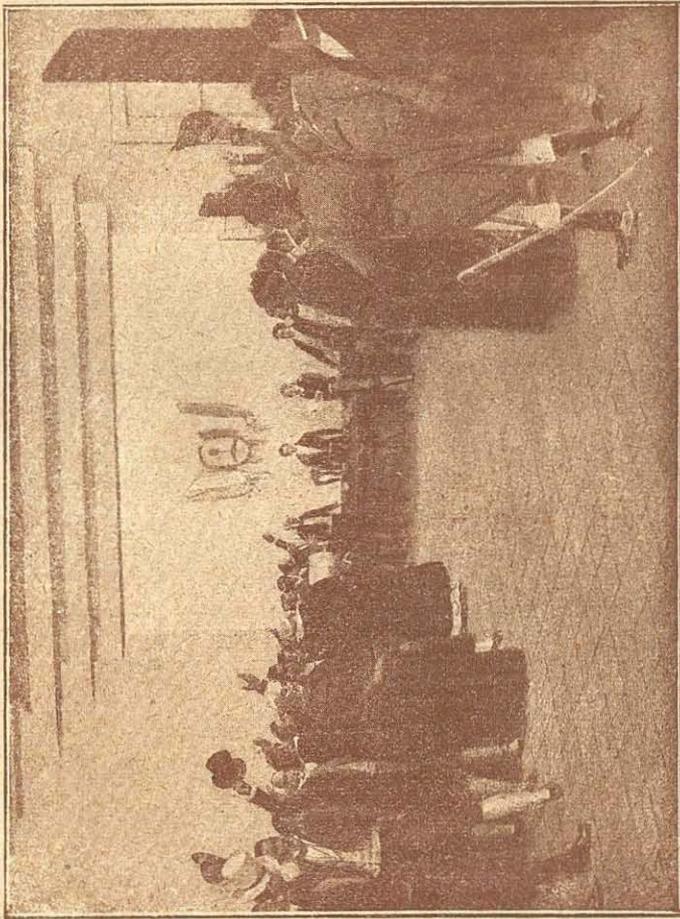
y montañas, y selvas, y ríos,
y del campo la mágica alfombra,
roto el negro capuz de la sombra,
muestran nieblas de cándido azul.

¡Es de día! Los pájaros todos
lo saludan con arpa sonora,
y arboledas y cúspides dora
el intenso lejano arrebol.
El oriente se incendia en colores...
los colores en vivida lumbre...
y por cima de la áspera cumbre,
sale el disco inflamado del sol!

PEDRO ANTONIO ALARCÓN.



La palabra de los próceres de 1816



El Congreso de Tucumán proclama la Independencia de la patria.

“ Nos, los Representantes de las Provincias Unidas de Sud América, reunidos en Congreso General, invo-

cando al Eterno que preside el Universo, en el nombre y por la autoridad de los pueblos que representamos, protestando al cielo, a las naciones y hombres todos del Globo la justicia que regla nuestros votos: declaramos solemnemente a la faz de la Tierra que es voluntad unánime e indubitable de estas Provincias romper los violentos vinculos que las ligaban a los reyes de España, recuperar los derechos de los que fueron despojadas e investirse del alto carácter de una nación libre e independiente del rey Fernando VII, sus sucesores y metrópoli y de toda otra dominación extranjera; quedan en consecuencia, de hecho y de derecho con amplio y pleno poder para darse las formas que exija la justicia e impere el cúmulo de sus actuales circunstancias. Todas y cada una así lo publican, declaran y ratifican, comprometiéndose por nuestro medio al cumplimiento y sostén de esta su voluntad, bajo del seguro y garantías de sus vidas, haberes y fama.”

(Del Acta de la Emancipación de las Provincias Unidas del Rio de la Plata).





HONREMOS A LA PATRIA

Los pueblos que dedican su actividad al trabajo y a la práctica del bien, son los que consiguen los laureles del triunfo en la lucha por la existencia.

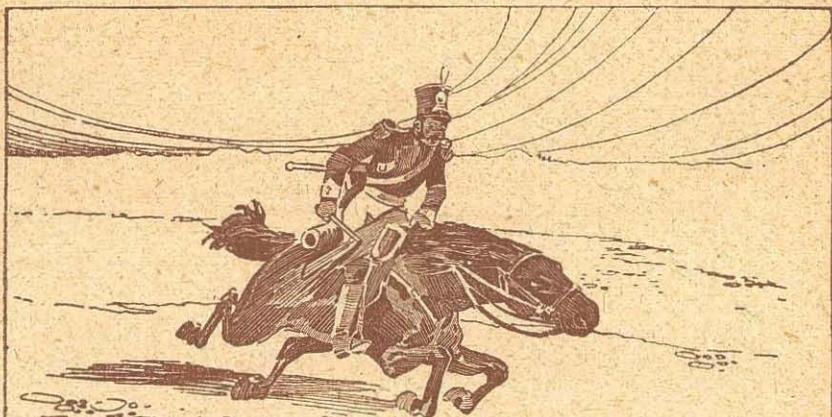
Somos hijos de la gran Nación Argentina y, como tales, debemos dedicarnos al trabajo y al bien para conservar siempre pura la grandeza del pensamiento de nuestros ilustres antepasados, que nos dieron patria y libertad.

“La unión hace la fuerza”; no debemos olvidarlo, porque lo contrario significaría nuestra ruina.

Unidos debemos marchar por la senda del progreso, con la conciencia tranquila de nuestros actos, para honrar así la memoria de los próceres de Mayo y de los que, reunidos en la histórica Tucumán, nos declararon independientes, bajo el seguro de sus “vidas, haberes y fama.”

¡El trabajo y el bien! He ahí nuestra consigna.





El portador de las actas de Tucumán.

El teniente don Cayetano Grimau y Gálvez, más tarde coronel, pasaba por Tucumán cumpliendo una misión que le encomendara el general Belgrano.

Fué entonces que el Soberano Congreso del año 16, le honró con el encargo de traer a Buenos Aires todos los documentos relativos a la declaración de la independencia de las Provincias Unidas del Rio de la Plata y entregarlos personalmente al director don Juan Martín de Pueyrredón.

El teniente Grimau hizo el viaje en pocos días, cambiando de caballo de posta en posta y salvando el peligro de las montoneras.

Por qué sopla el viento

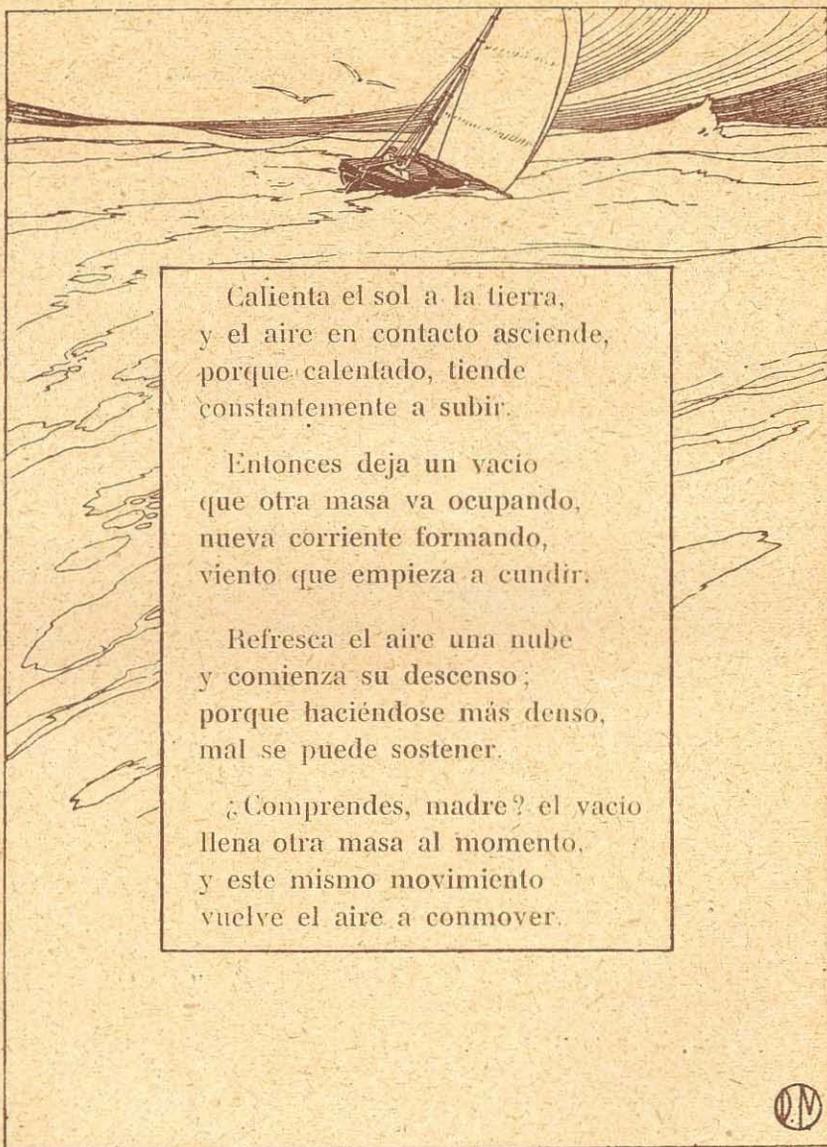
— Quiero explicarte una cosa:
¿Sabes por qué sopla el viento,
y alza en blando movimiento
recio oleaje en el mar?

— Madre, también me lo dijo
el maestro el otro día;
yo la causa no sabía,
mas hoy la puedo explicar.

El calor, dice el maestro,
todos los cuerpos dilata,
y el viento que se desata
es efecto del calor.

El aire así dilatado
mueve otras capas, y en breve
el airecillo más leve
es huracán destructor.





Calienta el sol a la tierra,
y el aire en contacto asciende,
porque calentado, tiende
constantemente a subir.

Entonces deja un vacío
que otra masa va ocupando,
nueva corriente formando,
viento que empieza a cundir.

Refresca el aire una nube
y comienza su descenso;
porque haciéndose más denso,
mal se puede sostener.

¿Comprendes, madre? el vacío
llena otra masa al momento,
y este mismo movimiento
vuelve el aire a conmovir.



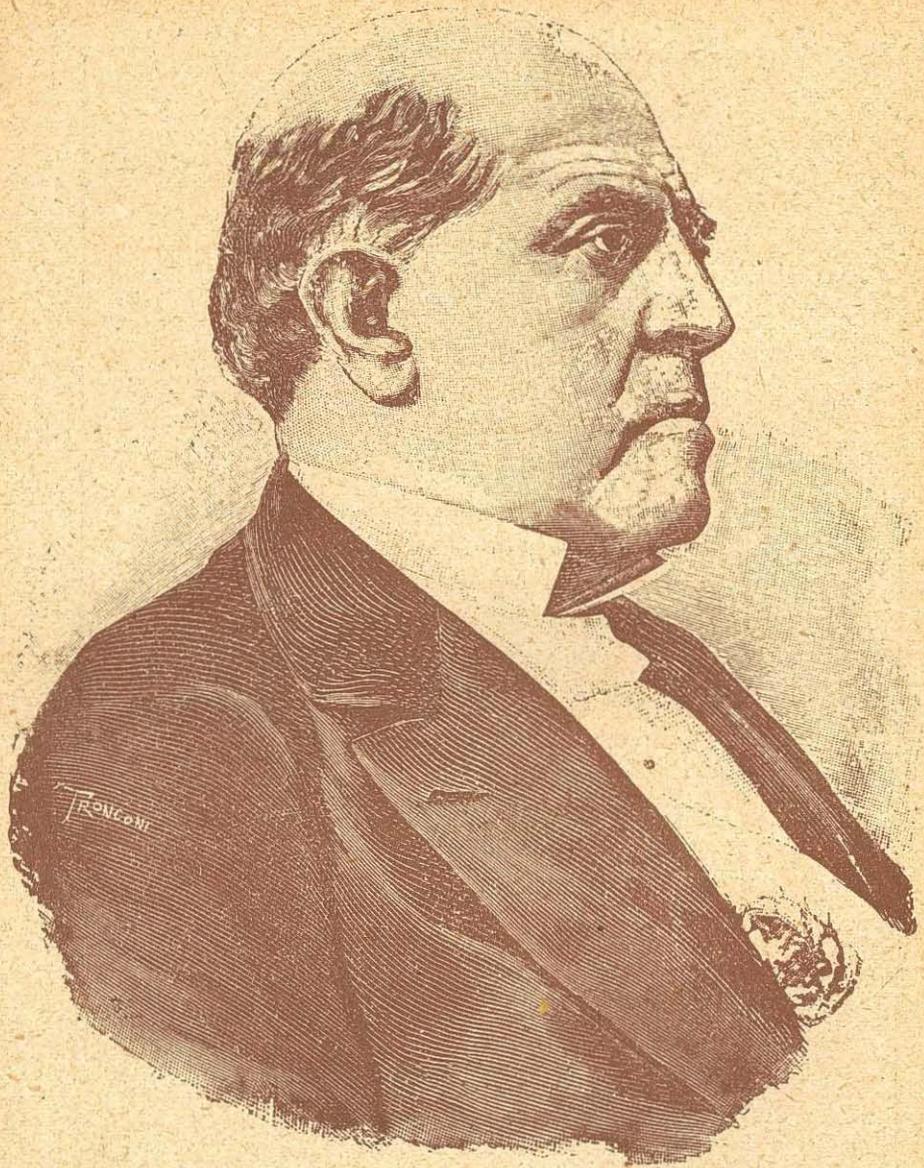
Hay en las altas regiones
rudos combates, no en vago,
que hacen cundir el estrago,
la ruina y desolación.

De cuán terribles efectos
el viento va acompañado,
cuando sopla huracanado
o en la forma de ciclón.

Mas oye: ese mismo viento
arranca lluvia indolente,
barre también el ambiente
de algún miasma fatal:
y purifica la atmósfera,
por mil causas corrompida...
*Junto a la muerte, la vida;
el bien, a trueque del mal.*

JOSÉ BENEJAM.





Domingo Faustino Sarmiento

DOMINGO FAUSTINO SARMIENTO

Sarmiento merece vuestro recuerdo sincero, queridos niños, porque os dedicó su talento, sus energías y su corazón.

Hijo de una modesta familia de San Juan, supo abrirse paso a la vida pública, alimentando los mejores ideales.

En su afán constante y desinteresado de servir a la tierra que lo vio nacer, fué ciudadano austero, maestro de escuela, orador, periodista, escritor y hombre de estado.

Sarmiento, dentro de los límites de la patria y fuera de ellos, fué siempre el mismo: su honradez inmaculada y su alma grande, como grande quería ver a su patria, lo señalan a la consideración y respeto de la posteridad.

Convencido de que la causa de nuestros históricos trastornos residía en la barbarie de las campañas, se convirtió en apóstol de la educación popular y procuró llevar escuelas y bibliotecas públicas a todos los rincones del país.

Dedicó su vida entera al servicio de la patria, y hoy, gracias a sus esfuerzos, cientos de miles de argentinos saben leer y escribir.



Domíngó Faustino Sarmiento nació el 14 de febrero de 1811¹ y falleció el 11 de septiembre de 1888, en los alrededores de la Asunción, capital de la República del Paraguay.

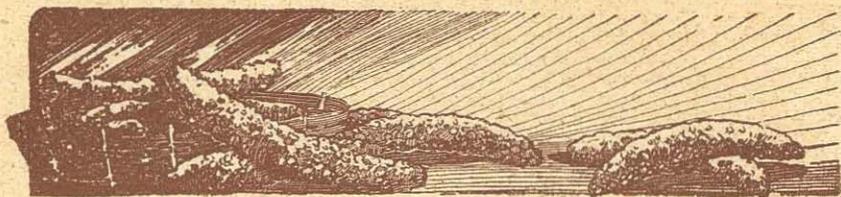
Los restos de este patriota ilustre descansan en el cementerio del Norte, de Buenos Aires.

Y tú, niño, si estudias, si trabajas, si eres bueno, también eres un pequeño patriota.

¹ Su acta de bautismo, dice así:

“ En el año del Señor de mil ochocientos once, en quince del mes de febrero, en esta Iglesia Matriz de San Juan de la Frontera, y parroquia de San José, yo el teniente de cura, puse óleo y crisma a Faustino Valentín, de un día, legitimo de don José Clemente Sarmiento y de doña Paula Albarracín. Bautizólo el otro teniente, fray Francisco Albarracín. Padrinos don José Tomás Albarracín y doña Paula de Oro, a quienes advertí el parentesco espiritual y para que conste lo firmamos.—José María de Castro.”





Una anécdota de Sarmiento

A Sarmiento gustábanle extraordinariamente los pepinos, pero como son muy indigestos, su amante familia tenía que recurrir a mil recursos de engaño para que no los comiera.

— ¿No hay pepinos? — preguntaba Sarmiento en la mesa.

— No, señor. Todavía no es la estación.

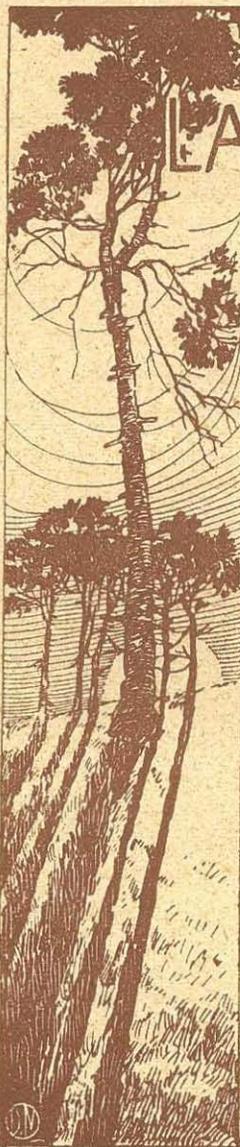
— ¡Pero cuánto tardan este año los señores pepinos! Sospechando un día que le engañaban, fué al mercado. Los había en todas partes.

— ¡Con qué no había pepinos! — dijo al entrar en su casa.

— Le hacen a usted mucho daño, abuelito; — contestó timidamente su nieta.

— A mí no se me engaña, — replicó Sarmiento con energía. — *Me indigesta mucho más una mentira que un pepino.*





LA PUERTA DE SOL

Ved cuán radiante y bello
en el ocaso, el sol,
con plácido destello
nos da su tierno adiós.

Su faz vierte un tesoro
de suave resplandor,
sus rayos lluvia de oro
sobre la tierra son.

Dorado brilla el suelo,
revive su verdor,
o se engalana el cielo
con gasa de arrebol.

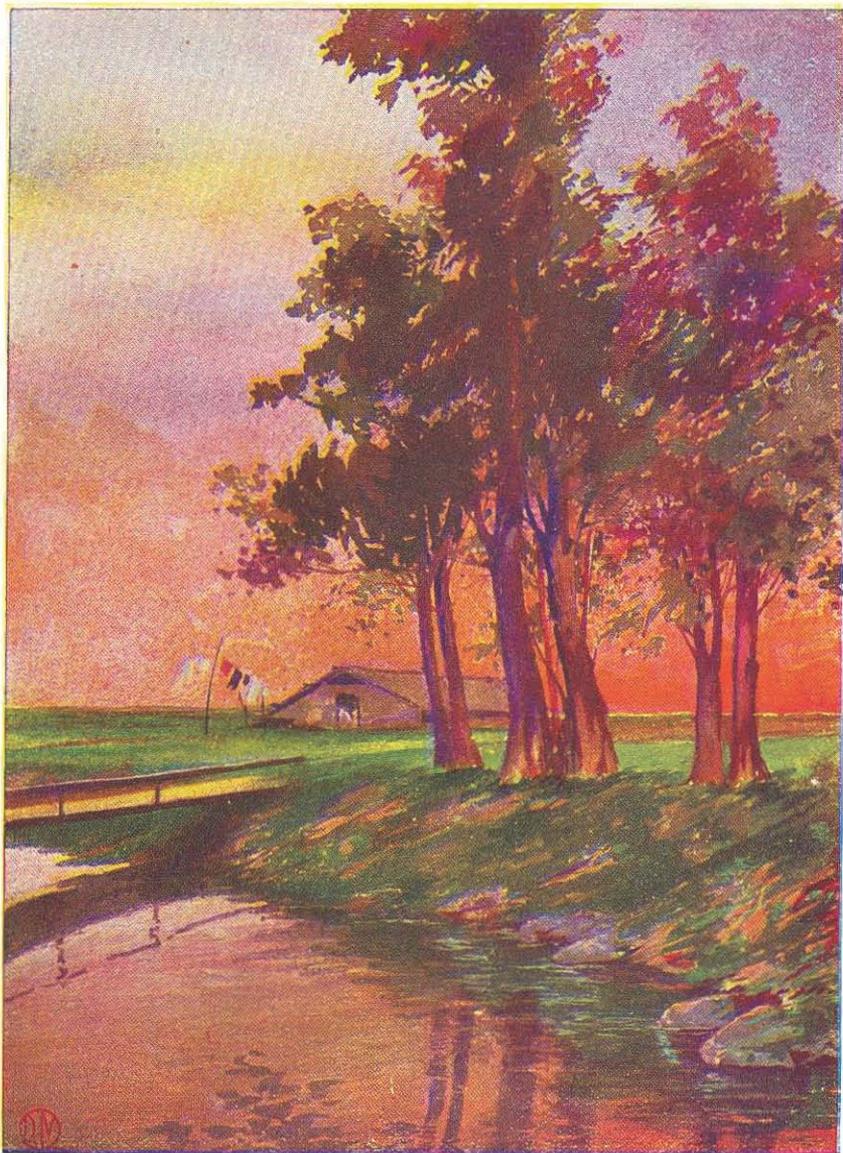
Entre el ramaje, el viento
susurra en blando son,
y esparce con su aliento
aromas de la flor.

Se ven los pajaritos
lucir su pluma al sol
y en dulces gorgoritos
al día dan su adiós.

¡Qué bello cuadro ofreces
cuando te vas, oh sol!
¡Adiós! sea mil veces
bendito tu Hacedor.

SEBASTIÁN CRUELLAS.

LA PUESTA DEL SOL



¡Qué bello cuadro ofrees
cuando te vas, oh sol!

MÁXIMAS Y PROVERBIOS

1. *El que se detiene a oír los ladridos de los perros, no llega nunca al término de la jornada.*
2. *Cuando veas en tierra a tu enemigo, piensa en que tú también puedes caer.*
3. *Desconfía del que adula al poderoso y del que niega a su padre.*
4. *La ira empieza en locura y termina en arrepentimiento. No sigas jamás los impulsos de la ira.*
5. *Tenemos dos ojos, dos oídos y nada más que una boca, lo cual quiere decir que debemos escuchar dos veces, mirar dos veces y hablar lo menos posible.*
6. *El vicio se contagia como las enfermedades; la virtud se difunde como los perfumes.*
7. *Cada uno vale por sí mismo.*
8. *Al sueño nunca te entregues sin que por tus padres ruegues.*
9. *No desprecies al misero mendigo, porque es tu hermano, y de Jesús, amigo.*
10. *Es conveniente adquirir el hábito de preguntarse todas las noches: ¿He cumplido hoy con mi deber?*

Una buena lección vale a menudo más que un servicio

Un joven llegó a orillas de un río que tenía que cruzar. Era la primera vez que se embarcaba.

Casi frente a frente del lugar donde debía embarcarse distinguíase la aldea a que quería llegar.

Subió al bote y observó que el batelero, en vez de dirigirse en línea recta hacia la aldea, comenzó por subir de nuevo la corriente, como si tuviera el propósito de ir en opuesta dirección.

— Pero, ¿adónde vais, amigo mío?, — preguntó el joven, — que no comprendía nada de aquella maniobra.

— ¿Adónde voy? Pues a la aldea que está frente a frente de nosotros.

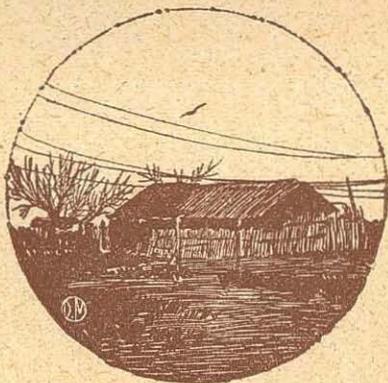
— ¡A fe mía! ¿tendré la vista ofuscada?, — replicó el viajero. — Si continuáis bogando de este modo, abordaremos lo menos a seiscientos pasos más allá del punto a que quiero llegar.

— Tendríais razón, mi querido señor, si continuáramos marchando en esa dirección: pero en breve, cuando hayamos llegado al medio del río, veréis que la corriente nos llevará al lado opuesto. Mi difunto padre solía decir, que un buen batelero que quiere atravesar un río en línea recta, debe tomar su dirección un poco más alto del punto donde quiere llegar; de otro modo descende demasiado bajo, porque la barca es arrastrada por la corriente del agua...

El buen hombre tenía razón. Llegado que hubo a la mitad del río, tuvo que hacer esfuerzos prodigiosos para vencer la rapidez de la corriente y no abordar lejos del punto a donde se dirigía el extranjero.

El joven pagó al batelero mayor cantidad del precio convenido por el pasaje, diciendo:

— *Una buena lección, amigo mío, vale a menudo más que un servicio, y yo os soy deudor de una lección.*



La rana y la golondrina

(Fábula)



Buenos días,—dijo una rana muy amable que tomaba el sol a orillas de un charco, a una joven golondrina, alegre y vivaz.—¿Cómo os trata el verano en este país? ¿Se come en abundancia, o se ayuna con frecuencia, amiga mía?

— ¡Eres una imperlinente,— contestó la golondrina.—Si como o no, son cosas mías y no lengo porque dar noticias al vecino, y menos a ti, rana inmunda, con quien no he tenido ni quiero tener ninguna relación. Nunca podrás ascender hasta mí y yo no pienso bajar. Sigue en tu charco y déjame a mí cruzar el espacio. Conozco mi poder y mi estómago no tiene por qué inquietarse.

— Perdonad, si habéis tomado a mal mis palabras,—dijo la rana, humildemente,—y sabed que no he querido ofenderos. Soy una rana vieja, con cierta experiencia de la vida, y, como os he visto joven, casi recién salida del nido, creí que podía seros útil en algo...



La golondrina no oyó estas últimas palabras y hendiendo los aires seguía cazando insectos y regalándose a su gusto.

La rana la vió alejarse y, haciendo reflexiones ante la tormenta vecina, se zambulló en el charco.

A la caída de la tarde abriéronse las cataratas del cielo y el mal tiempo duró varios días.

La pobre golondrina, que no había contado con el triste presente, iba y venía inquieta por los aires, obligada a forzoso y ya largo ayuno.

En esta amarga situación la vió de nuevo la vieja rana, que cantaba alegremente en su charco. Tan triste y silenciosa la observó que, a pesar de la ofensa recibida, se convirtió en su aliada para proporcionarle alimento.

Al efecto, la caritativa rana empezó a saltar cerca del charco y a espantar con sus bruscos movimientos los insectos posados sobre la hierba.

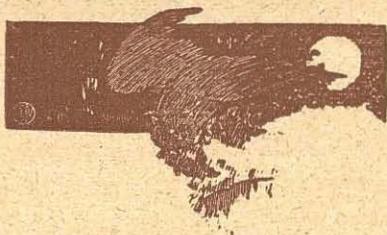
Se reanimó entonces la hambrienta golondrina y pudo cazar al vuelo las presas necesarias para un buen almuerzo.

— Te debo la vida, buena amiga,

— decía después la golondrina a la rana. — Ya estaba resignada a morir, sin atreverme a pedirte el favor que me has hecho. Perdona las ofensas que por ignorancia te inferí, al creer, en mi necia vanidad, que jamás necesitara del humilde.

La crónica no ha recogido la contestación de la rana, a cuya limosna debió la vida la golondrina; pero es fama que lo ocurrido sugirió a una lechuza las siguientes reflexiones:

— Los orgullosos, a semejanza de esos tiranuelos que ajan al pobre haciéndole víctima de sus injusticias y de sus caprichos, tarde o temprano caen, como la golondrina, rendidos ante el humilde que ayer despreciaron.



A LA PATRIA



INVOCACIÓN

Ayer el sacrificio, hoy el trabajo; mañana la gloria.

Tus héroes abrieron el surco; tus hijos fecundan la simiente; las generaciones del porvenir cosecharán la mies. Todo por tu grandeza: los corazones que te aman; los brazos que te defienden; los cerebros que te iluminan; las palabras que te bendicen; la ancianidad que te honra; la juventud que te venera; la niñez que te canta.

Inspiranos ¡oh madre! la abnegación que guardas en las tumbas de tus mártires; destila en nuestras almas las virtudes de tus patricios; enciende en nuestras mentes la antorcha de tu genio, para que nuestra jornada en la tierra sea por la paz, por la justicia, por la libertad, por el evangelio de tu fe republicana, ¡oh patria inmortal de los argentinos!

LEOPOLDO HERRERA.

Bandera de paz

CORO

*Quisimos ser grandes,
Y nuestra grandeza pusimos de pie.
Del Plata a los Andes,
El Dogma de Mayo templó nuestra fe.*

I

Con un siglo de vida en la historia,
Nuestra patria bien puede flamear
Su bandera de lucha y de gloria,
Orgullosa del sol de victoria
Que abrió surcos de luz al pasar.

II

Hoy no tiene ya el pueblo argentino
Ideales de honor que salvar;
Ni a la guerra lo llama el destino,
Ni en sus campos de trigo hay camino
Que lo lleve a morir y a matar.

III

Su bandera es de paz; a ninguna
Hace sombra adorarla en su altar;
El trabajo que da la fortuna,
La ve siempre amparando la cuna
Y guardando el dintel del hogar.

MARTÍN CORONADO.



I

El pueblo está de fiesta.

Las campanas de la vieja iglesia llaman a los fieles; y pastores y labriegos salen presurosos de sus hogares. Nadie quiere ser el último en llegar.

Y allá van en piadosa caravana, hombres, mujeres y niños.

El sol naciente en campo de esmeraldas, la brisa fresca, los trinos de las avecillas y el tañido de las campanas, dan al espíritu una sensación de vida que obliga a levantar los ojos y a buscar a Dios...

II

Jesús, el pastorcillo huérfano, no ha ido a la iglesia.

El infeliz no conoció a su padre, y su buena madre murió hace seis meses dejándolo solo en el mundo.

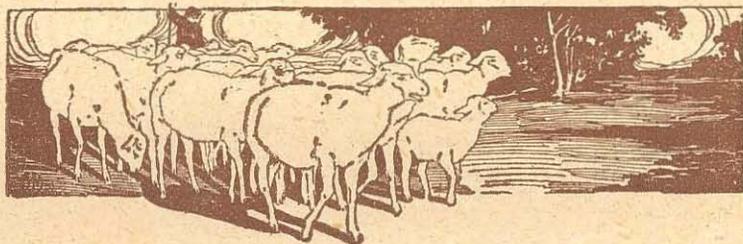
Obligado por la desgracia a cobijarse bajo el techo poco hospitalario de un viejo pastor y su mujer, trabajaba sin descanso, a pesar de sus escasos doce años, en las tareas del campo para pagar el pan duro que se le daba.

Sin padres, sin amigos, sin dinero, sin instrucción, Jesús se parecía al árbol seco del bosque, que está a merced del leñador.

¡Cuántas veces, lejos de la choza de sus amos, viendo deslizarse mansamente el arroyuelo, no había podido contener sus lágrimas al recordar los días venturosos en que su buena madre le colmaba de caricias y de besos!

¡Cuántas veces, allí, en aquel mismo sitio, sentados los dos, juntos, muy juntos, como están siempre las buenas madres con sus hijos, hablaban de sus proyectos para el porvenir!

¡Soñaban con tener una casita blanca en la falda de la sierra, en cuyo alero harían nido las avecillas del cielo!



¡Soñaban con tener un rebaño, y muchos corderitos juguetones y triscadores! ¡Soñaban... en fin, en tantas cosas!

Y allí a orillas del arroyuelo, soñando, les sorprendía el sol en su ocaso, tiñendo de púrpura con sus rayos postreros la línea quebrada de las sierras lejanas.

Pero aquellos ensueños ¡ay! no se realizaron.

¡Se los llevó el mismo ataúd en que encerraron a la madre del pastorcillo!

Y al recordar todo aquello, con angustia en el alma y lágrimas en los ojos, Jesús caía de rodillas y oraba como saben orar los niños que no tienen padres.

¡Pobre pastorcillo huérfano!

Aquel día de Reyes, él también hubiera deseado ir a la fiesta. Allí, ante el altar, también él hubiera orado.

¡Y con qué placer hubiera visto a los reyes magos adorando al Niño que llevaba su mismo nombre!

Sus amos no quisieron llevarle, y él, ¡pobre huérfano!, debía obedecer.

Sus amos no eran sus padres. ¡Tampoco tenían hijos a quienes querer!

Y Jesús, en una protesta muda, cerró los ojos para ver más lejos.

111

Cruzando el campo va el pastorcillo huérfano, deteniéndose de trecho en trecho para cortar las flores que esmaltan la verde alfombra del camino.

Con sus pies desnudos, sus harapos, su cara tostada y sus manos cargadas de margaritas, Jesús avanza... Algunas espinas han arrancado sangre a sus pies, el sol lo quema, la carga de margaritas se vuelve pesada, el camino es largo... pero el niño no se detiene y avanza sin cesar como si una fuerza extraña le inspirara y le diera aliento.

¿Adónde va?

¡Sólo él y Dios lo saben!



IV

Labriegos y pastores ya están de vuelta en sus hogares. La función religiosa ha sido conmovedora y hasta el detalle llega el comentario de aquellas almas sencillas.

Hay alegría en el ambiente, calma en el corazón, luz en el alma.

En la choza de Jesús, sus amos se han sentado a la mesa: es mesa de día de Reyes y no faltan las confituras ni el vino añejo.

El chico está ausente; pero, ¿qué importa?

¡Los amos de aquella casa no tienen hijos a quienes reservar el mejor hocado!



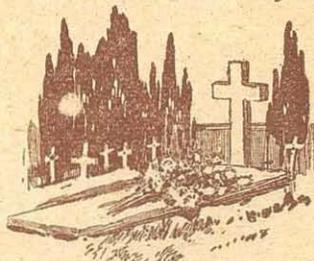
El almuerzo está por concluir cuando, cubierto con el polvo y el sudor de un largo camino, llega el niño Jesús.

—¿De dónde vienes?,—le preguntan.

—Perdonad si he faltado,—dice el pasforcillo con voz insegura;—debía ir al cementerio...

—¿Al cementerio, hoy, día de Reyes?

—Sí, al cementerio. ¿Acaso los reyes magos no visitaron anoche a todos los niños que tienen madre? Y yo que no la tengo y que no he podido ir con vosotros a rogar por ella, ¿qué podía



hacer mejor que visitar su tumba para cubrirla de flores?



I

La ciudad de Buenos Aires estaba bajo el terror de la mazorca. Rozas no ponía valla a la ceguera de las turbas, porque el desenfreno de ellas era una de las bases de su poder.

Nadie osaba resistir el torrente de los ultrajes y de los crímenes. ¡Se temía de pensar hasta en la defensa propia!

Masa informe dominada por el pavor y que estiraba el cuello para recibir la cadena de su verdugo a fin de vivir de su benevolencia, era la ciudad que un día indomable y fiera, rindió en sus calles al Leopardo inglés, y después, vencedora del León ibero, derramó por toda la América raudales de libertad.

Fué en ese tiempo que se inventó el vejamen del moño colorado pegado con brea en la cabeza de las damas que no llevaban entre sus adornos dicho distintivo del poderío reinante.

La puerta mayor de los templos era el lugar donde las matronas venerables, las distinguidas señoras y las jóvenes delicadas soportaban la afrenta del suplicio.

Un sayón acreditado se colocaba en la entrada de los edificios consagrados a Dios, provisto de un canasto de moños colorados, de tijeras y de una vasija con breva hirviendo puesta sobre un brasero de permanente lumbre.



La consigna era inieua, pero el verdugo la hacia más infame aún con su lenguaje inculto, sus carcajadas insolentes y sus violencias brutales.

La dama que al templo llegaba sin la insignia de la dictadura, caía luego en las garras de aquél, y el ultraje del moño se consumaba.

Muchos cuadros de dolor indescriptible se vieron entonces.

II

Un día, que desempeñaba el malvado oficio en el atrio de San Ignacio el gallego Cádiz, sangrador de profesión, se presentó sin el moño federal doña Trinidad Trápani, viuda de un valiente soldado de la independendencia.

— “¡Ea, mala *federala!* —le gritó con insolencia el sangrador. Venga esa cabeza que voy a adornarla.”

Y se adelantó en dirección a la dama, resuelto a cumplir su promesa.

Doña Trinidad se detuvo altiva, y con semblante airado, le contestó:

— “¡Miserable! ¡Acércate y verás de lo que es capaz una argentina y viuda de un coronel de la patria!”

Y luego, exclamó:

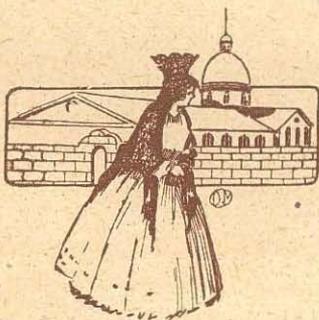
— “¡Por Dios! ¿Es posible que mis paisanos permitan que un sucio galleguito insulte de esta manera a una mujer de honor?”

Y mirando con desprecio al verdugo, que se había detenido y estaba sorprendido y mudo, con arrogante aire avanzó y penetró en el templo.

Ese fué el temple que las patriotas de Mayo dieron al alma de sus hijas, y es imitándolas, cómo las madres y las esposas argentinas formarán el carácter de ciudadanos dignos y libres.

M. F. MANTILLA.

Antes que la opinión ajena, está la conciencia propia.





Las tórtolas y la serpiente

FÁBULA

Una pareja de tórtolas hizo su nido en la rama de un árbol, soñando y arrullándose incesantemente.

Con tierna solicitud fueron empollados los huevecillos y con más cariño aun, eran cuidados los dos polluelos que crecían a vista de ojo.

Un día, que los padres se habían alejado un tanto del nido en busca de alimento para los hijos, se encontraron al volver con una inmunda culebra



dispuesta a engullirse las tiernas aveci-llas. Éstas piaban lastimeramente, previendo su triste y próximo fin.

— ¡Ten piedad de ellos! dijo — la

madre de los polluelós al reptil.

— ¡Sierpe maldita, — gritó el padre, — no mates a mis hijos! ¿Qué daño te han hecho para que así los trates?

Soltó la serpiente una carcajada satánica, y como si gozara en su maldad, contestó:

— ¿Sierpe maldita, eh? Pues sea, ya que así lo queréis, pero sabed que ha llegado la hora de mi venganza.

— ¿De tu venganza?, — dijeron a un tiempo las infortunadas tortolillas?

— ¡Sí, de mi venganza! He sufrido horriblemente y por eso os martirizo.

— ¿Y quién te ha hecho sufrir, malvada? ¿Acaso nosotras?

— Si, vosotras, con vuestros arrullos, con vuestra felicidad... Mi cueva está al pie de este árbol, y harto he sufrido viéndoos gozar... Soy enemiga de la felicidad ajena porque yo no puedo ser feliz. Eso es todo.

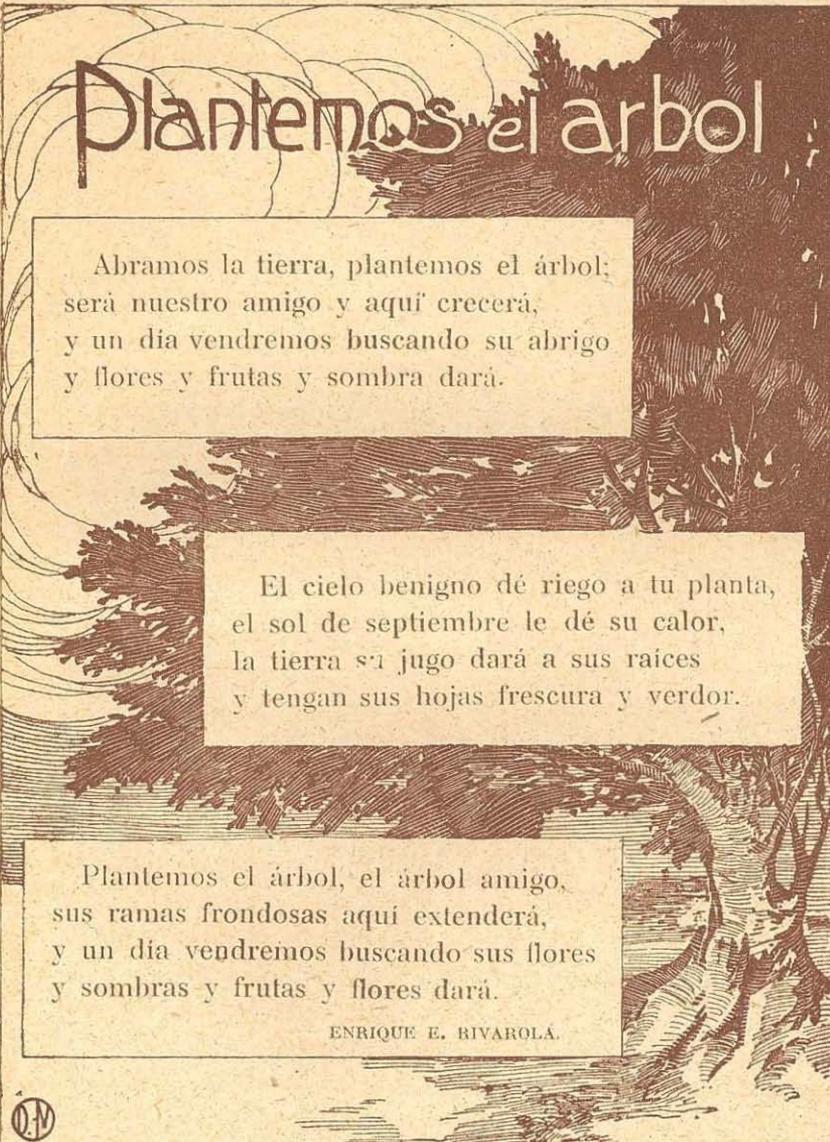
Y así diciendo se engulló los pichones, sin apiadarse de sus ayes ni de las súplicas de los desconsolados y amantes padres.

Una urraca que había presenciado la escena y oído el diálogo, llevó la noticia a todas partes con el siguiente comentario:

— Reconozco que la culebra fué muy cruel; pero más lo son ciertos hombres que bajo la capa de la virtud, destruyen vidas y honras ajenas, heridos por el acicate de la envidia.



Plantemos el árbol



Abramos la tierra, plantemos el árbol;
será nuestro amigo y aquí crecerá,
y un día vendremos buscando su abrigo
y flores y frutas y sombra dará.

El cielo benigno dé riego a tu planta,
el sol de septiembre le dé su calor,
la tierra su jugo dará a sus raíces
y tengan sus hojas frescura y verdor.

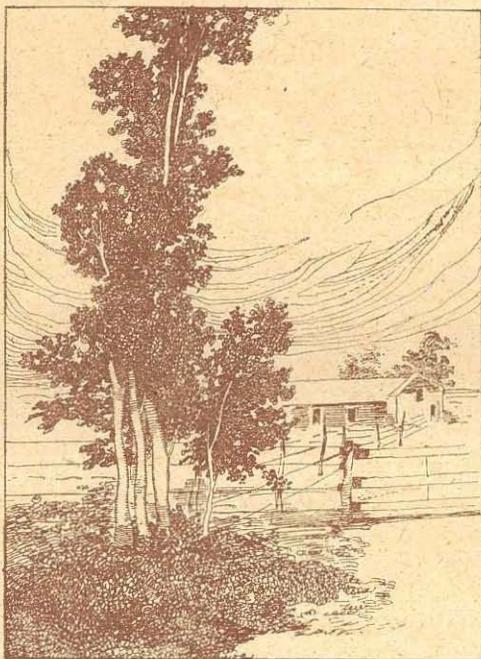
Plantemos el árbol, el árbol amigo,
sus ramas frondosas aquí extenderá,
y un día vendremos buscando sus flores
y sombras y frutas y flores dará.

ENRIQUE E. RIVAROLA.



Cuando, al amanecer, el arroyuelo...

Cuando, al amanecer, el arroyuelo murmura, deslizándose entre flores, ¿sabes, lo que dice?



Rememora, niño, en su poético lenguaje la eterna historia.

Escucha:

— De nuevo brillará el sol en este día; de nuevo volverá al campo el labrador; de nuevo cantarán las avecillas y se abrirán las flores; de nuevo las pintadas mariposas volarán por el prado, y

de nuevo las madres, al despertar, cubrirán de besos a sus hijos...

Ya sabes, ahora, qué dice el arroyuelo, y por qué es tan grato su murmullo eterno.



ESTUDIA

Es puerta de la luz un libro abierto:
entra por ella, niño, y de seguro
que para ti serán en lo futuro
Dios más visible, su poder más cierto.

El ignorante vive en el desierto
donde es el agua poca, el aire impuro;
un grano le detiene el pie inseguro;
camina tropezando: ¡vive muerto!

En ese de tu edad abril florido
recibe el corazón las impresiones
como la cera el toque de las manos.

Estudia, y no serás cuando crecido
ni el juguete vulgar de las pasiones,
ni el esclavo servil de los tiranos.

ELÍAS CALIXTO POMPA.

Tarde de otoño

I

Tras el lejano monte escóndese el sol. Sus últimos rayos, tibios y rojos, se apagan entre estertores de agonía.

Una fresca brisa gime entre las ramas de los cipreses del vecino cementerio, en triste concierto con el canto monótono de los seres alados que buscan la soledad de los muertos, como si quisieran resarcirlos de las ingratitudes humanas.

La nota triste está en el espacio. Penetra en el alma, y por misterioso influjo, ésta se acerca a Dios. Es la hora de la oración. ¡Felices las almas que saben orar!

II

Allí, en la avenida de cipreses, junto a una tumba en que brotan a porfia violetas y margaritas, una joven hermosa, de mirada vaga, se arro-dilla y ora.

Los últimos rayos del sol dan de lleno sobre su frente pálida, y en su actitud escultórica semeja la imagen del dolor. Sus ojos están secos, pero llora su alma.

El momento es solemne. La sombra que viene, el canto que cesa, la brisa que gime, el dolor que

vive, la oración que brota; todo, todo hace pensar en un "más allá", y hasta el ateo siente que su alma de rodillas cae!

III

Van a cerrar la puerta del cementerio. Piadosamente el sepulturero vuelve a la realidad a la mujer que llora y reza.

— ¡Hijo mio! ¡Hijo del alma! — dice con acento que destroza el corazón, y haciendo un supremo esfuerzo, la infeliz mujer se dispone a partir.

Sus manos deshojan una rosa blanca y de sus labios brota puro un beso prolongado y triste que el eco repite a lo lejos como gemido de un alma en pena.

Y mientras tanto las margaritas y las violetas de la tumba, saturan el ambiente con su aroma, como si invitaran a las gotas de rocío, a velar juntas sobre la cuna del ángel dormido.

IV

En el hogar, junto a mi mesa de trabajo, pienso en el cuadro que han visto mis ojos, y exclamo:

— ¡Felices los que creen en un cielo, donde tarde o temprano han de encontrarse las madres con sus hijos!

MÁXIMAS Y PROVERBIOS

1. *El campo y el taller son el doble laboratorio de donde sale la doble vida de una nación: la agricultura y la industria.*
2. *Aprende a gobernarte a ti mismo.*
3. *La virtud es un tesoro más duradero que el oro.*
4. *No toleréis nunca ningún desaseo en vuestro cuerpo, ni en vuestros vestidos, ni en vuestra casa.*
5. *No andéis nunca con rodeos; pensad con inocencia y justicia, y hablad como pensáis.*
6. *Si queréis que hablen bien de vosotros, guardaos bien de elogiaros.*
7. *Si quieres ser bien querido, sé afable, humilde y sufrido.*
8. *Si haces bien, dalo al olvido, pero tú, sé agradecido.*
9. *No hay peor sordo que el que no quiere oír.*
10. *A Dios rogando y con el mazo dando.*

UN NIÑO CULTO

Mauricio es un niño culto. Cuando pasa por la calle saluda a sus maestros y a las personas mayores que él; se quita el sombrero cuando le hablan; evita tropezar con los transeuntes. Nunca se le ve escribir en las puertas y en las paredes con un pedazo de tiza o de carbón; no se estaciona delante de los almacenes y no incomoda a los vendedores ambulantes; es afable y respetuoso con los ancianos y no se burla de los enfermos.

En la mesa, espera que le sirvan y nunca se muestra descontento de lo que le han dado. Come con aseo, nunca pone sus codos en la mesa, ni come con la boca llena, y no se mezcla en la conversación si no le preguntan.

Es un joven sincero, honesto, que no frecuenta nunca las malas compañías y evita emplear palabras groseras. Cuando vuelve a la tarde, siempre está limpio, porque cuida mucho su ropa que no está rota ni manchada.

Mauricio no es descortés con ninguno, sea joven o viejo, más rico o más pobre.

Y así Mauricio es querido de todo el mundo, y sus padres son felices con él.



A los marinos argentinos

(En ocasión de la visita de la *Fragata Sarmiento*).

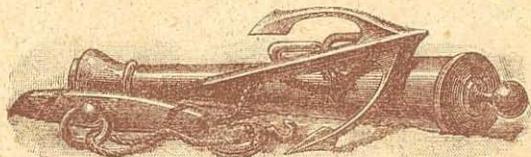
Bendiga Dios el mar que entre sus olas
venciendo tempestades y neblinas,
os trajo de las playas argentinas
a visitar las playas españolas.

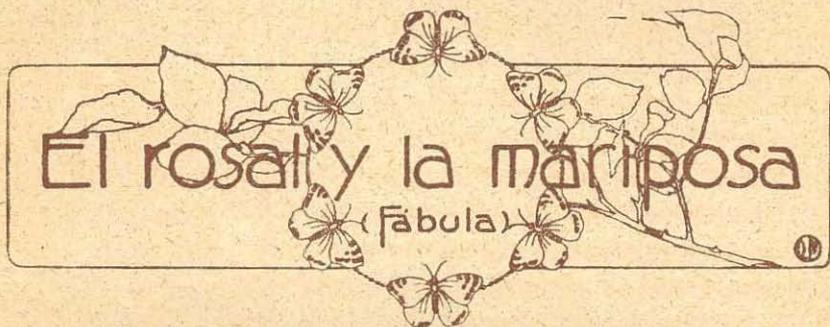
Porque no las halléis tristes y solas,
y os recuerden catástrofes y ruinas,
cubriremos con flores las espinas
y serán los gemidos barcarolas.

¿Qué madre, aunque postrada y dolorida,
no se siente nacer a nueva vida,
contemplando a sus hijos satisfechos?

¿Lo estáis de ella, vosotros? Pues amadla,
y a la vuestra, al regresar, llevadla
el amor que rebotan nuestros pechos.

MANUEL DEL PALACIO.





—¿A dónde vas?—preguntó un rosal florido a una minúscula mariposa de vivos colores, que pasaba por el jardín.

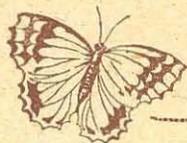
—A gozar del espacio,—contestó ella:—a lucir mis galas y a reirme de los esclavos como tú, que no pueden romper sus cadenas... Ya lo ves: soy la reina del cielo azul y hasta las flores, buscando mis besos, se inclinan reverentes a mi paso. El valle con sus encantos, el arroyuelo con sus murmullos misteriosos, y el monte con su armonía de líneas y colores, me pertenecen. He nacido para ser feliz y voy a gozar de la felicidad, aunque se mueran de envidia los desdichados como tú.

—Vanidosa y perversa eres,—observó el rosal, un tanto mortificado.—Por lo visto sólo encuentras placer en mostrarte soberbia con los humildes. ¿Y consiste en eso tu felicidad? Si es así, poco, muy poco vales, ilusa mariposa.

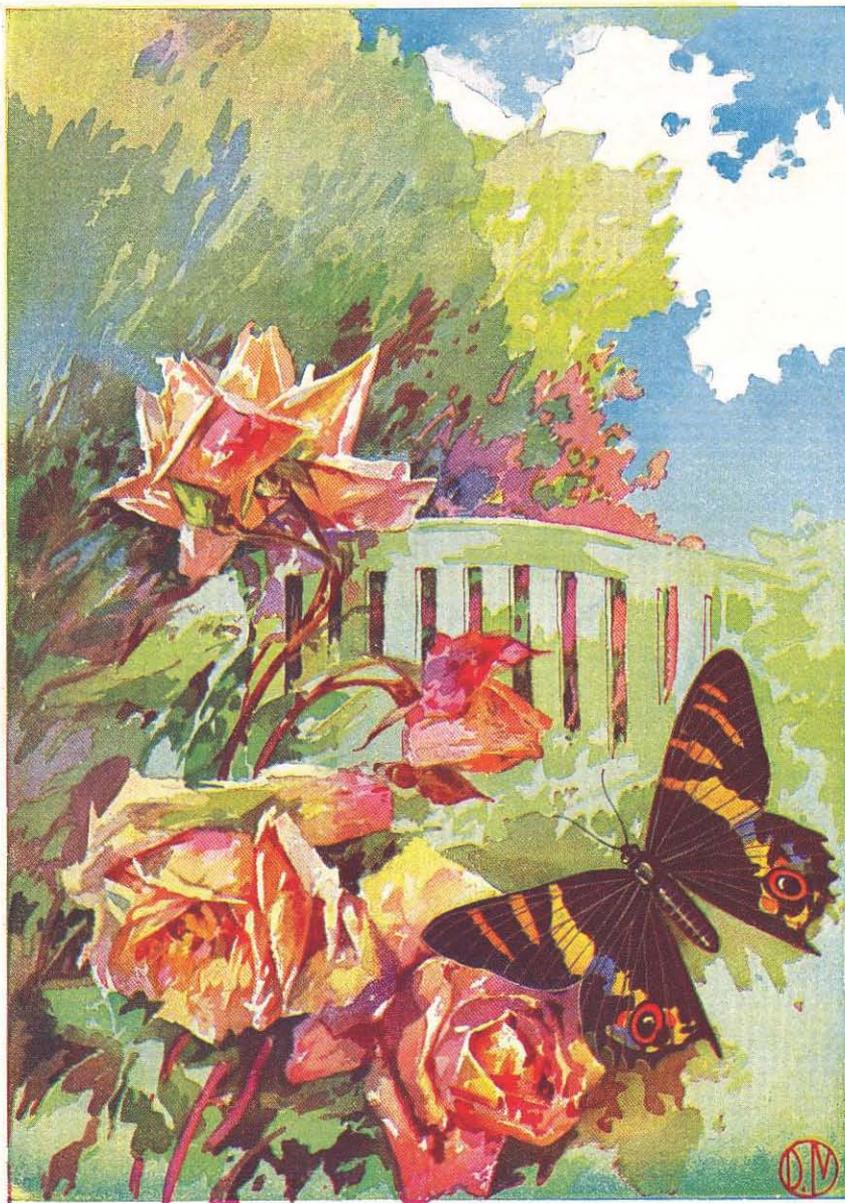
—¡Rosal insolente! ¿Cómo te atreves a hablarme de

ese modo? Repara en el polvo de oro y en los diamantes y esmeraldas de mis alas y verás que tengo sobrada razón para estar orgullosa de mi belleza. Y además, ¿no me ves todos los días recorriendo los jardines en busca de la flor más hermosa y fragante para descansar sobre ella como lo haría una soberana sobre su trono? ¡Por algo soy la reina del cielo azul! Habla y dime: ¿Quién puede decir lo mismo? ¿Acaso, tú, miserable rosal, que vives a merced de mis caprichos, pensando en si me posaré o no sobre tus flores?

— ¡Estás insoportable!, — dijo el rosal con cierto desprecio. — Tu vanidad te pierde, añadió, y te ciega hasta el extremo de no ver más méritos que los tuyos. ¡Bien se conoce que no tienes corazón ni seso!



EL ROSAL Y LA MARIPOSA



—¡ Estás insoportable! — dijo el rosal con cierto desprecio.

—Ni lo uno ni lo otro necesito para ser feliz; mientras que tú, rosal desgraciado...

—¡Alto ahí, casquivana!, dijo el ofendido, interrumpiendo a la mariposa. — Si me supones desgraciado, te equivocas, lo mismo que si crees que te envidio. En este jardín, yo también soy feliz. No tengo sed de grandezas, ni de poderío; no me ocupo de realzar la frescura de mis hojas, ni la suavidad y fragancia de los pétalos de seda de mis flores. ¡Qué otros lo hagan por mí, si quieren! Tampoco envidio a nadie, absolutamente a nadie, ¿lo entiendes? y, en la senda de mi vida, sólo aspiro a que mis galas, si las tengo, puedan ser útiles a los demás. Me desprendo de mis flores para ofrecerlas al que las necesita: por eso las encuentras donde reina el placer; por eso no faltan donde hay dolor... Las bellas las lucen en la tertulia; las madres, adornan con ellas las sepulturas de sus hijos muertos... Mis sentimientos son más humanos que los tuyos. A ti te alientan la vanidad y la fantasía; en cambio, a mí sólo me inspira el deseo del bien. Y ya lo ves: tú vuelas y yo no vuelo; tú eres la reina del cielo azul, y yo soy apenas un rosal florido de un humilde jardín. Déjame, pues, en paz, que yo también soy feliz y no tengo porque envidiarte. Entendemos la vida de distinto modo y yo sería muy desgraciado si fuera como tú, insoportable y necia reina del cielo azul...

Encolerizada iba a replicar la mariposa, cuando una golondrina hambrienta la pilló al vuelo y se la engulló con fruición.

Es fama que la brisa suave, no sin lamentar el triste fin del lepidóptero, dijo al rosal mientras lo mecía dulcemente:

— *Has hablado bien. Los vanidosos se marean siempre, sin sospechar que nunca falla quien los vuelva a la realidad de la vida.*

Sólo los corazones nobles se contentan con su suerte y procuran el bienestar de los demás.



DECÁLOGO HIGIÉNICO

HIGIENE FÍSICA

- 1.º Levántate temprano y acuéstate temprano.
- 2.º Respira aire puro y busca la luz del sol, que son indispensables para la salud.
- 3.º Todas las personas sobrias y frugales alcanzan la vejez: no llegues a ningún extremo y vivirás lo bastante.
- 4.º Recuerda que el orín corroe la espada. Asea tu cuerpo y no te descuides jamás.
- 5.º Si duermes mucho te debilitarás, si duermes poco, carecerás de fuerzas. Duerme lo necesario para recuperar las fuerzas y fortificarte y nada más.
- 6.º Que tu vestido sea adecuado a la estación: pesado y oscuro en invierno, ligero y claro en verano, y holgado en todos los tiempos.
- 7.º Limpia tu casa, alégrala con plantas y comodidades y vivirás en ella con placer.

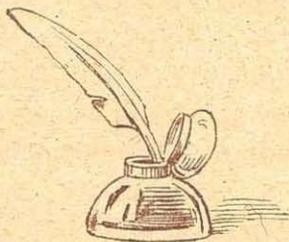
HIGIENE MORAL

8.º Descansa y diviértete con moderación, para que tu mente repose y se fortifique.

9.º Si así procedes alejarás la tristeza, amarás la vida y trabajarás con agrado. Si abusas del descanso y la diversión, faltarás a tus deberes y olvidarás la virtud.

HIGIENE INTELECTUAL

10. ¿Estudias? ¿Educas tu inteligencia, el corazón y la voluntad? Haces bien, pero no olvides que el ejercicio es indispensable para el cuerpo. Si vives por otros medios, no descuides la cultura de la inteligencia y el sentimiento.





TRABAJAR PARA SU DAÑO

La madre de un muchacho campesino
ganaba de comer hilando lino ;
y el muchacho, grandísimo galopo,
le hurtaba una porción de cada copo.

Juntando las porciones fué tejiendo
un látigo tremendo,
con la benigna idea
de zurrar a los chicos de la alde

Los ocios del amigo no eran buenos ;
la intención, por lo visto, mucho menos.

Dióse a pelar la rueca tan a prisa,
que hubo la madre de notar la sisa ;
y registrando desde el piso al techo
el látigo encontró de hurtillos hecho

Cogióle furibunda
y al hijo dió con el tan recia tunda,
que a contar de las posas al cogote,
no le dejó lugar libre de azote,
diciendo al batanarle de alto abajo:

— “¡Mira cómo luce tu trabajo!
A robar te llevó tu mal deseo
y con el robo yo te vapuleo”.

*Siempre verás que el vicio
se labra por sus manos el suplicio.*

JUAN E. HARTZENBUSH.





Los soldaditos de plomo

I

Alberto es un niño de diez años. Inteligente y bueno, es el encanto de su pobre madre, una mujer virtuosa a quien todos respetan y quieren en el pueblo.

Con el alba se levanta Alberto y, aunque débil, recorre a pie largas distancias en busca de leña para su hogar.

Es su primer trabajo de todos los días. Hace su carga en los montes de los alrededores del pueblo y vuelve cantando a casa.

Las gentes le ven pasar y le alaban en silencio.

Al niño nada le arredra.

Sabe que su mamá es pobre y que tiene que trabajar todo el día para alimentarle y vestirle. Sabe también que nadie ayuda a su madre. ¿Qué ha de hacer él entonces?

Sentados junto a la lumbre, en las noches largas del invierno, su buena madre le ha dicho muchas veces:

— Si tú no fueras al monte a buscar leña, ¿cómo

encenderíamos fuego? Y sin fuego, ¿cómo nos abrigaríamos ahora? ¿cómo se secaría tu ropa?...

Y esa era para Alberto toda la verdad.

Algunos amiguítos del pueblo le hablaban a veces de niños felices que vivían en palacios, tenían coches, ricos trajes y sirvientes, y juguetes a montones...

Pero, ¿tendrían esos niños una madre buena como la suya?

Él la veía trabajar en la huerta desde la mañana hasta la oración. Ni la tierra, ni el sol, ni la lluvia, la hacían desertar.

De noche, terminada la cena, le enseñaba a leer y a escribir.

Y si estaba enfermo, no se apartaba un instante de su lado.

Para él su mamá era un ángel. ¿Podían decir lo mismo de la suya todos los niños?

¿Qué le importaba no tener ricos trajes, ni juguetes a montones?

Él tenía una caja de soldaditos de plomo, regalo de Reyes, que le hiciera su inolvidable padre antes de morir.

Y aquella caja era para él un tesoro.

De cuando en cuando jugaba a los soldaditos, mientras su mamá, durante las veladas, remendaba o cosía.

Además, ¿qué le importaba no tener palacios, si él vivía en la choza que construyó su padre con sus propias manos?

Con su buena madre, su choza paterna y sus soldaditos, Alberto era feliz.

II

Una mañana, ¡triste mañana!, la mamá de Alberto no pudo levantarse. Presa de la fiebre se vió obligada a guardar cama.

Alberto nunca había visto a su madre enferma y se asustó.

Un vago presentimiento le anunciaba que su buena mamá se moriría.

¡Pobrecita! ¡Morirse ella dejando solo a su hijo!

¿Y qué haría él en el mundo, sin su madre?

¿Quién cuidaría aquella choza? ¿Quién conservaría aquellos recuerdos tan gratos al corazón?

¡Ah, no! su mamá no podía morir.

Él traería el médico del pueblo; compraría los mejores remedios; prestaría a la enferma solícitos cuidados... haría, en fin, lo que hace un buen hijo por una madre.

Y Dios, que todo lo ve, premiaría sus afanes, devolviendo la salud a la enferma.

Dios era bueno, muy bueno. Se lo había dicho su mamá muchas veces, y su madre no mentía nunca.

Pero, ¿cómo pagaría al médico no teniendo dinero? ¿cómo compraría los remedios?

Y allí estaba su querida enferma con los ojos entornados, presa de angustias indecibles.

Se moría, y él, pobre hijo, no podía salvarla.

De pronto una idea feliz dió más brillo a sus ojos, llenos de lágrimas.

Sin hacer ruido sacó de un rincón de su cuarto miserable un pequeño envoltorio cuidadosamente hecho, y a escape, dirigióse a la calle principal del pueblo.

Allí vivía el médico, a quien iba a ver Alberto.

— Doctor, — le dijo llorando amargamente, — mi madre se muere ¡Corra usted a salvarla, por favor!

Y tomándole una mano quería sacarle de su casa.

El doctor conocía a Alberto, y más de una vez había elogiado su conducta en el pueblo.

La enfermedad de la madre del niño le tomaba de sorpresa, y ya se disponía a salir para atenderla, cuando Alberto, con dolor profundo, creyendo que el doctor no iría a su casa porque era pobre, dijo:

— Somos pobres, muy pobres, doctor; pero prometo a usted trabajar cuanto pueda para pagarle sus servicios. Cumpliré mi palabra: ¡no lo dude usted! Sé que poco vale la palabra de un niño, y por eso la empeno dejando en sus manos esta caja de soldaditos, que es mi tesoro. Usted la conservará hasta que le pague mi deuda: ¡es un recuerdo de mi padre muerto!

Y al dejar Alberto la caja en manos del doctor, lloraba, y sus lágrimas partían el corazón.

— No me abandone usted, doctor. ¡Mi madre se muere! ¡Venga a salvarla!, — repetía el niño entre sollozos.



III

La enferma, debidamente atendida por el doctor, mejoró en poco tiempo.

Volvió la alegría al hogar y Alberto olvidaba ya los malos ratos pasados.

Sólo recordaba que su caja de soldaditos la tenía el médico y que había empeñado su palabra de honor de rescatarla con el fruto de su trabajo.

Aquella caja había sido su tesoro y debía volver a sus manos. Y ahora la quería más que antes: ¡en parte, la vida de su buena madre había dependido de aquella caja de soldaditos de plomo!

IV

Hace una semana que la mamá de Alberto trabaja de nuevo en la huerta.

Es día de Reyes, y, como de costumbre, Alberto se levanta con el alba para ir al monte.

El cielo, de un azul purísimo, anuncia un día de espléndido sol.

Alberto, después de besar a su madre, sale de su choza en dirección a la calle.

Ya en medio del patio, junto a la ventana, ve una caja que pica su curiosidad. Se detiene un instante.

Sabe que es día de Reyes, pero él... no espera regalos de nadie. ¿Quién puede acordarse de él sino su madre? ¡Y su mamá es tan pobre!

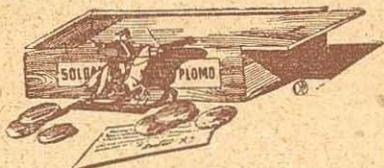
Por fin se acerca a la ventana, toma la caja y vuelve a la habitación.

Madre e hijo, sorprendidos, no respiran.

Abren la caja misteriosa y ¡oh, dicha! dentro de ella están los soldaditos de plomo.

Alberto está loco de contento. El tesoro ha vuelto a sus manos. El doctor, sin duda, ha querido sorprender a Alberto y ha esperado el día de Reyes para hacer más grata su sorpresa.

Emocionado toma Alberto la caja y al examinar detenidamente su contenido, su admiración no tiene límites.



Dentro de la caja, había cinco monedas de oro, relucientes y sonantes.

Un papel que leyó dió la clave del misterio. Decía así :
Los niños que aman a sus padres, merecen las bendiciones de Dios.

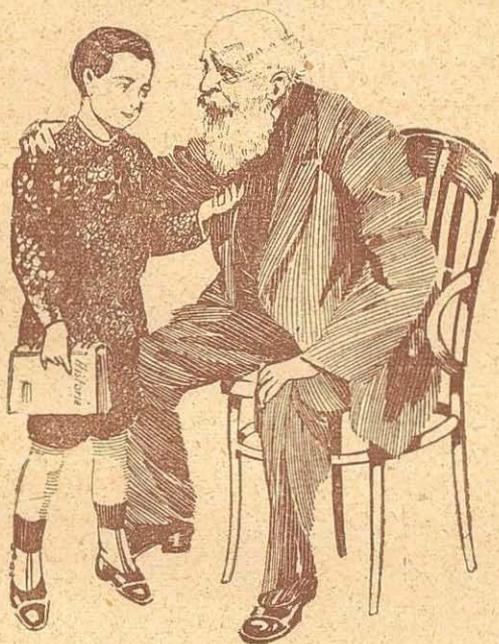
Como este año no han pasado por el pueblo los reyes magos, no he querido que un hijo modelo tuviera que lamentarlo. Por eso, en su nombre, dejo esta caja con los soldaditos, que devuelvo a Alberto, su dueño, y con ella esas monedas que le regalo como premio a sus nobles sentimientos. — DOCTOR X.

Alberto y su mamá se miraron largo rato y, sin decir una palabra, se abrazaron.

Si hubieran pasado por allí en aquel momento los reyes magos, habrían visto lágrimas en los ojos de la madre y en los del hijo.

Pero esta vez, esas lágrimas las hacía brotar la felicidad.

Lección paterna



Tenia yo nueve años, y era, como la mayoría de los chicos de esa edad, un soberano destrozón de ropa y calzado.

Hijo de un hogar pobre, no podía contar de un día para otro, a pesar de mis deseos, con un traje o un par nuevo de botines en substitución de los inutilizados antes de tiempo. De acuerdo con las reducidas entradas

de la casa, una prenda de vestir que se estrenase debía durar "tanto" o "cuanto", aunque para ello fuera necesario que mi buena madre la remendara y zurciera muchas veces, para llevarla, más o menos decentemente, a su término de duración.

Eran aquéllos, en realidad, tiempos de estrecheces, sabiamente soportados por un espíritu de orden y previsión que sólo he alcanzado a comprender más tarde.

Pues bien, en aquella época de privaciones vencidas a fuerza de carácter, recibí de mi padre, a quien Dios haya dado el descanso que merecía su hombría de bien, una lección que no he olvidado ni olvidaré jamás. La referiré en breves palabras.

Recuerdo que en cierta oportunidad, adelantándome al plazo de duración fijado para los botines que llevaba puestos, hice notar a mi padre la necesidad de ser reemplazados cuanto antes, pues para un colegial que, no obstante la pobreza, solía ir decentito a la escuela, no era muy grato presentarse ante los maestros y compañeros con el calzado roto, siendo de observar que ya no valía la pena recurrir al zapatero de viejo para que le echara un remiendo más.

Mi padre me oyó con interés y luego de examinar bien mis botines, cuyo estado de conservación no debió parecerle tan calamitoso como a mí, díjome cariñosamente:

— Si los lustras bien, aun podrás usarlos ocho días. Mientras tanto, para entonces, ya podré comprarte otro par, pues ahora no tengo dinero.

No insisti. Conté lo ocurrido a mi madre, y al día siguiente procuré disimular lo mejor posible con betún y cepillo las grietas y demás averías de aquel calzado que debía durar *ocho días más*.

Después, concurri a la escuela como de costumbre. En la clase de historia natural, el maestro recomendó en aquella ocasión la compra de un libro que era, dijo, "un excelente texto de consulta". Con tal motivo, indicó la conveniencia que lo adquirieran los alumnos que pudiesen.

Confieso que estuve de mal humor hasta que llegó la hora de la salida, pues la escena del calzado, que no se apartaba de mi memoria, me imposibilitaba para un nuevo pedido, desde que no había dinero para satisfacerlo.

Ya en casa, mi madre notó mi preocupación y al conocer el motivo, ella misma me incitó a que hablara del asunto a mi padre, no obstante lo ocurrido el día anterior.

Así lo hice, pero sin esperanzas, por cierto, de conseguir lo que deseaba. Después de escucharme atentamente, mi padre, por toda respuesta, me indicó que le siguiera, y en la primera librería que encontramos al paso, compró el libro pedido, pagando su importe sin regatear el precio.

— Pero, papá — pregunté entonces — ¿no me dijiste ayer que no tendrías dinero hasta dentro de ocho días?

—Eso era para los zapatos, hijo — me contestó: — para comprar los libros que necesitas, siempre tengo una pequeña reserva.

Han pasado muchos años desde entonces. Termine los estudios primarios y recibí más tarde mi diploma de la escuela normal.

Cuando puse en manos de mi padre el modesto título que me habilitaba como maestro de escuela, su satisfacción fué inmensa.

¿Había sido esa una de sus aspiraciones paternas?

No me permitiría dudarlo.



Himno de confraternidad

CORO

*Bajo el cielo de un mismo destino
Ya juraron eterna su unión,
La grandeza del pueblo argentino
Y la gloria del pueblo español.*

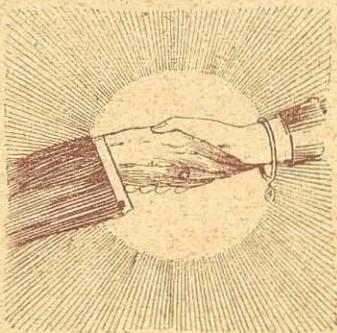
Nadie intente romper esos lazos
Que la muerte destruir no podría,
Nadie mengüe la noble hidalguía
De dos pueblos que sellan su fe;
Para siempre sus vidas confunda
El amor que la paz les alcanza,
Al fulgor de la misma esperanza
Y a la sombra del mismo laurel.

Ved erguidos, en simbolo augusto,
La visión de la patria de mayo,
Y el invicto pendón de Pelayo,
Junto al blanco y azul pabellón;

Estandartes que el triunfo predicen
No consienten la sombra traidora,
Que uno lleva en sus fajas la aurora
Y otro ostenta en sus pliegues el sol.

Fraternal comunión de la raza
Que olvidáis los rencores pequeños
Y enlazáis ideales y ensueños
En la santa efusión de un amor:
Viviréis en las almas eterna
Como el sol que a la patria ilumina,
Que española es la gloria argentina
Y argentino el honor español.

HORACIO F. RODRÍGUEZ.



Una mañana de primavera...

Una mañana de primavera, citáronse tres hadas en un prado de trébol en flor.

La que había llegado primero, dijo a las otras:

— Hermanas: Ya sabéis que nos reúne la santa aspiración de una madre, que en su amor inmenso, nos pide derramemos sobre la cuna de su hijito recién nacido nuestros dones para que el pequeñuelo, hecho hombre, triunfe en la vida y se imponga al respeto de todos.

— Es verdad — repuso la que parecía más grácil — las lágrimas de esa madre me han conmovido y, por mi parte, tejeré la corona augusta del poeta para ceñirla en su hora sobre la frente de su hijo.

— Pues yo — dijo la tercera — pediré a Marte su mejor espada y haré de ese niño un guerrero famoso.

El hada que había hablado primero, oyó en silencio a sus hermanas sin interrumpirlas. Luego dijo:

— Perdonad, pero no apruebo del todo vuestros proyectos. ¡Hay tantos poetas y guerreros en el mundo! Yo, hermanas mías, sueño con algo más grande que todo eso para el ser que pone bajo nuestra protección el amor infinito de una madre. Será poeta, guerrero, artista, en fin, lo que quiera; pero yo desearía que nuestro protegido fuese, sobre todo, un hombre de bien.

— ¿Y cómo lo conseguirás — preguntaron las otras dos hadas a un mismo tiempo?

—Sellando una alianza entre las tres. Así, yo colocaré en la cuna del niño el don de la Verdad; tú, el del Trabajo, y tú — dirigiéndose a la tercera — el de la Gratitude. ¿Aceptáis?

La respuesta debió ser afirmativa, porque las hadas no disculieron más y pocos instantes después volaban de nuevo hacia lo desconocido.

Y aquella noche la madre del niño soñó que tres ángeles llegaron hasta la cuna de su hijito, y después de cubrirla de trébol en flor, prometieron solemnemente guiar al recién nacido por el camino de la Verdad, del Trabajo y de la Gratitude, para que fuera, sobre todo, un hombre de bien.

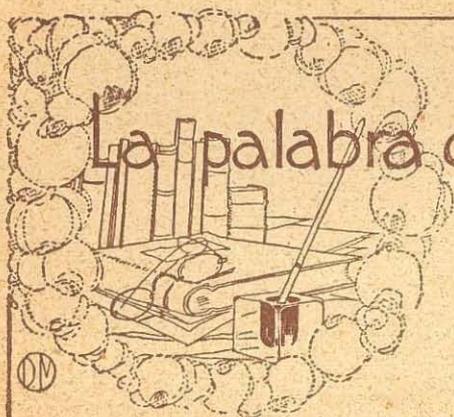
*Empeñaos en ser hombres de bien, y lo conseguiréis.
No necesitáis para ello ser ricos, ni grandes, ni sabios.
¿Y hay, acaso, algo más respetable que un hombre de bien?*



LA PALABRA DEL MAESTRO



—No olvidéis que la patria vive del concurso y del trabajo de todos sus hijos, sin distinción alguna.



La palabra del maestro

He aquí cómo el maestro de una escuela argentina despidió a los alumnos que habían terminado el curso:

— Niños: Muchos de vosotros ya no volveréis a la escuela, esta escuela querida, en que juntos hemos pasado el año, alternando las horas del estudio con las del merecido recreo.

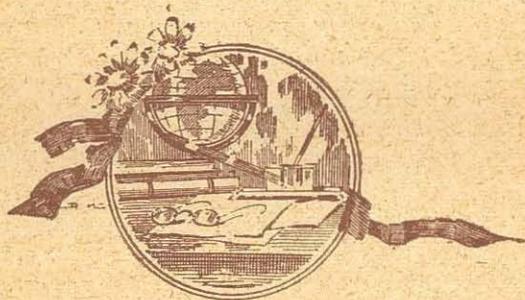
De los mil caminos que se abren a la actividad humana, cada uno de vosotros elegirá uno. La carrera de los unos será brillante, la de los otros quizás oscura y silenciosa.

Que no murmuren aquellos que tuvieron la parte más modesta; que no sean vanidosos, injustos, tiranos, los demás. No olvidéis que la patria vive del concurso y del trabajo de todos sus hijos, sin distinción alguna.

En el mecanismo de la sociedad no existe rodaje inútil. Entre un ministro que gobierna el estado y el artesano que contribuye a su prosperidad con el trabajo de sus manos, no hay más que una diferencia y es ésta: que la función del uno

es mas importante que la del otro, pero, si ambos la cumplen bien, el valor moral es el mismo.

Que cada uno de vosotros se contente, pues, con la suerte que le toque. Por modesta que ella sea, siempre encontrareis deberes que cumplir, y bien que hacer.



INDICE

	Página
A los niños.....	1
Las abejas.....	3
Las malas hierbas.....	5
La libertad.....	7
La higiene en pocas líneas.....	9
El trabajo.....	10
La patria y la familia.....	11
La patria. <i>Pensamientos y preceptos</i>	13
Enseñar al que no sabe.....	14
Las dos bujías.....	15
Eos pájaros.....	16
Fábulas en prosa I.— <i>El mono y el zorro</i>	17
" " " II.— <i>El ruiseñor y el pavo real</i>	18
" " " III.— <i>El pavo real y el gallo</i>	20
" " " IV.— <i>El lobo y el pastor</i>	21
¿Qué es lo que constituye la patria?.....	22
La patria y la bandera.....	25
Máximas y proverbios.....	27
Al pampero.....	28
Un consejo prudente.....	29
La mentira.....	31
Inauguración de la bandera argentina.....	32
El grano de trigo.....	35
Los padres.....	36
El gran repollo.....	37
El agradecimiento.....	39
Los beneficios de la sociedad.....	40

	Página
A una rosa	41
Amá a tu prójimo como a ti mismo	43
La mujer argentina.....	44
El arco iris.....	45
Mamá	47
Máximas y proverbios.....	49
Los maestros.....	50
La ingratitude. <i>La rosa y el gusano</i>	51
El más grande de los patriotas.....	53
Los ancianos.....	55
Los inmigrantes.....	56
Caridad.....	57
Los oficios I.— <i>El labrador</i>	59
II.— <i>El albañil</i>	60
III.— <i>El carpintero</i>	61
IV.— <i>El herrero</i>	62
V.— <i>El zapatero</i>	63
El sargento Cabral.....	64
El secreto.....	65
Flores.....	66
A orillas del charco. <i>La rana y la gata blanca</i>	68
La canción de la patria.....	70
Máximas y proverbios.....	73
Dos ejemplos.....	74
El ciego y el paralítico.....	76
Las niñas heroínas de Ayohuá.....	78
Arlequín.....	79
Rayo de Luna.....	83
El amanecer.....	85
La palabra de los próceres de 1816.....	87
Honremos a la patria.....	89
El portador de las actas de Tucumán.....	90
Por qué sopla el viento.....	91
Domingo Faustino Sarmiento.....	95
Una anécdota de Sarmiento.....	97
La puesta del sol.....	98
Máximas y proverbios.....	99

	<u>Página</u>
Una lección, vale a menudo más que un servicio.....	100
La rana y la golondrina.....	102
A la patria. <i>Invocación</i>	105
Bandera de paz.....	106
El partorcillo huérfano.....	107
Un modelo.....	111
Las tórtolas y la serpiente.....	114
Plantemos el árbol.....	117
Cuando, al amanecer, el arroyuelo.....	118
Estudia.....	119
Tarde de otoño.....	120
Máximas y proverbios.....	122
Un niño culto.....	123
A los marinos argentinos.....	124
El rosal y la mariposa.....	125
Decálogo higiénico.....	129
Trabajar para su daño.....	131
Los soldaditos de plomo.....	133
Lección paterna.....	139
Himno de confraternidad.....	143
Una mañana de primavera.....	145
La palabra del maestro.....	148

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS



114

LL
1918
BER

Biblioteca Nacional